

# ESPERAME EN EL CIELO

---

IRENE FATAS PEREZ 

*Espérame en el cielo* es la historia de amor de Martín y Valentina. Una historia real marcada por la depresión de Martín que a pesar de todo hizo florecer en él y en los suyos los sentimientos más puros y profundos que uno desear vivir. Amor, amistad, lucha y superación fueron claves en su relación y en sus vidas.

En palabras de Valentina «Las personas que se cruzan en tu camino siempre lo hacen por algo. Siempre te enseñan algo, bueno o malo. Nunca es casualidad. Como te dije una vez, estoy segura de que nuestros caminos debían cruzarse, por mil motivos. Fuiste luz en la vida de muchos y aunque vieras a veces demasiadas sombras, nunca hubieras brillado con tal intensidad si no hubieras sentido esa oscuridad. Me enseñaste todo. Hasta lo que creí que jamás descubriría. El sentido de este viaje al que llamamos Vida. Te prometo que seguiré adelante, que seré feliz contigo en mi corazón, pues sé que no pudiste evitar irte y que nos reencontraremos. Espérame en el cielo».

**Lectulandia**

Irene Fatás Pérez

# **Espérame en el Cielo**

ePub r1.0  
Titivillus 18.10.17

Título original: *Espérame en el Cielo*

Irene Fatás Pérez, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Era martes 30 de agosto y ese día, tras 14 sin parar, decidía dejar de llorar. Lo había prometido con mi amiga Ivana tomando una gaseosa en la terraza del Zurita.

—Se acabaron las lágrimas —prometí.

Era una historia casi imposible y, por más que me doliera, era mejor así.

Mi cabeza estaba segura y aunque mi corazón asentía, lo hacía con esa sonrisa insegura del emoji de WhatsApp, sabiendo que estaba gravemente herido y «una palabra tuya bastaría para sanarme»... y de nuevo volaba mi imaginación pensando en que me dirías, cómo lo harías y cómo volveríamos a intentar sacar adelante algo que me conducía irremediabilmente a abandonar todo lo que quería, menos a ti. A ti, que ahora no eras capaz de amar como querías. Como yo quería.

Las mismas preguntas se agolpaban... «¿serías capaz de hacerlo Valentina?, ¿dejarías todo y te irías a su realidad en la que ni siquiera él mismo es feliz?».

La lógica me negaba toda opción, pero había amor, y el amor no es lógico...

—Ya estamos —se enfadaba mi cerebro hablando sin mi consentimiento—. ¡Quieres parar ya! ¿No te cansas de hacerte daño?

No era la primera vez que se me rompía el corazón, pero si era la primera vez que de verdad amaba. AMOR. Con mayúsculas. Del bueno, del que siempre había soñado. Del que todos me decían que no existía. Y si existía. Y era aún mejor de lo esperado. Con lo bueno y con lo malo, que ahora nos estaba ganando la batalla.

Le di un beso a «pin» (Ivana) y me dirigí hacia casa autoconvenciéndome de lo hablado. Tras más de dos semanas llorando sin parar, no más lágrimas.

Como siempre, tras ponerme el pijama y sentarme a ver la tele, hacía un último repaso con el móvil. Twitter, Instagram, correos, WhatsApp, LinkedIn... todo parecía estar en orden, hasta que llegué a Facebook, y en mi muro Patricia decía:

—Valentina necesito hablar contigo urgentemente.

Me dio un vuelco el corazón. El mundo se hundió a mi alrededor. No sé porque supe lo que iba a decirme, aunque a la vez pensaba en mil opciones... «quizá haya tenido un accidente y está en el hospital, o quizá sólo quiere decirme que está muy triste, que no sea tan dura y le llame». Mi corazón se desbocaba.

—Tranquila, no pasa nada —me mentí en bajito mientras marcaba.

—Por Dios Patri, ¿qué pasa? —dije con el miedo más atroz que he sentido jamás.

Ella fue muy delicada. Sabía que la noticia inmediatamente haría que también mi corazón dejara de latir.

—Valentina, mi niña, Martín ya no está entre nosotros.

Fue como un rayo. Como si me atravesaran de la cabeza a los pies.

—No. No, no Patri, no me digas eso, no puede ser. No por favor. ¿Pero qué ha pasado?

Temblaba y hecha un ovillo en el sofá, sólo recuerdo acunarme y sacudir la cabeza sin parar diciendo NO.

No, no, no, no, no, no, no.

No sé cuánto pasó. No sé si fueron 2 minutos o 2 horas, pero por ese tiempo sólo

podía pensar NO. Y entonces la desesperación acudió a mi encuentro.

«Necesito hablar con mi madre» pensé.

Y entre lágrimas, sollozos, miedo, culpa, pena, locura, conseguí marcar y que saliera a duras penas de mis labios:

—Mamá, Martín se ha suicidado.

Creo que ahí el corazón de mi madre también dejó de latir.

Ella estaba en la playa. Era fin de agosto y aún seguía allí cerrando la casa mientras mi padre y yo ya estábamos en Zaragoza reanudando las cosas de oficina.

No sabía que decirme. No sabía que decirle. En ese momento sólo quería morirme yo también.

«¿Qué hago?, ¿qué puedo hacer?».

Dios mío estaba tan perdida. Daba vueltas, lloraba, gritaba y sólo podía pensar no. No. No. No. No.

Acudí a mis amigos.

—Martín se ha suicidado —puse en WhatsApp. Sólo a las nenas y a Ivana.

En 15 minutos estaban en casa.

Sam llegó primero. No pudimos articular palabra. Luego Ivana y Julián y después mi padre. Todos traían Orfidal. Debieron traer cianuro.

Mi desesperación crecía a cada instante. Al NO se le unió el POR QUÉ, ¿por qué has hecho eso?, ¿por qué has hecho eso? ¿Cómo has podido hacer eso?

No creo que pueda repetirse más esa pregunta en menos tiempo.

Estaba hundida, desesperada, desorientada.

Ninguno sabía que decir pero todos trataban de calmarme. Mi padre dijo que estábamos aquí de paso, y que un día a todos nos tocaría marchar.

Era cierto.

Pero no así, no ahora.

Ese día algo en mí cambió.

Una profunda pena se instaló entre mi garganta y mi estómago quemándome por dentro. Mi mirada no volvió a brillar como lo hacía. Tú siempre me hablabas de mis ojos. Y aunque son de lo más normal, para ti eran preciosos. Decías que no sabías si era consciente de cómo los usaba en las miradas. Pero que hablaban, brillaban. Tenían luz.

Vivíamos a distancia. A mucha distancia, así que casi siempre ilustrábamos todo con fotos. En cuanto nos hicimos amigos en Facebook, te hiciste una carpeta con todas las mías. Y otra con música que yo colgaba, o te mandaba. Todas las canciones de mi blog «elbauldesatur», estaban grabadas en un archivo y sonaban sin fin la primera vez que fui a verte a tu casa en Las Palmas.

Siempre decías que tu casa era un desastre. Quizá lo fuera pero para mí fue llegar a un palacio. Tenía muchas escaleras hasta acceder a la vivienda que era toda de

madera. Era una casa que en su día debió ser preciosa. Era enorme, señorial, con materiales nobles, muebles robustos antiguos de esos que llenan espacios, lámparas de forja rústicas y preciosas hechas a mano, baúles de madera que servían de armarios, hasta un piano en el salón con varios ambientes separados por esculturas, también de madera, que traía a la playa la marea. Pero no la mantuvisteis y estaba vieja. En algunas zonas, la humedad había penetrado demasiado, llevándose la pintura o el papel pintado, levantando el parqué de roble macizo que obligaba a cerrar algunas habitaciones condenadas a albergar sólo recuerdos pasados. Estaba destartada, pero tenía historia. Tuvo vida. Vida que como suele ocurrir no es como uno espera. Quizá sufriste demasiado en ella. Quizá no fue la mejor elección para ti volver allí al separarte pero, a pesar de todo, desde esa noche se convirtió en un palacio.

Lo habías llenado todo con velas. Eran velas anaranjadas colocadas sobre jarrones de cristal puestos boca abajo.

Cuando llegamos estaban encendidas y creaban un ambiente muy cálido...

—¿Las has dejado encendidas?! —exclamé como diciendo «estás loco»—. Esto es todo de madera, ¿y si alguna se hubiera caído? —pregunté mientras me tranquilizaba.

—Está todo controlado —contestaste sin inmutarte.

Me cogiste de la mano y me llevaste al salón. La música del baúl sonaba suave. Habías comprado vino blanco, aunque no bebías, sólo para que lo hiciera yo. «San Valentín». Me pareció perfecta la elección. Mi abuelo también se llamaba así, y sonaba la música de elbauldesatur. Satur era mi otro abuelo.

Siempre admiraste a mi familia. Y mi relación con ellos. Cuando te conté la historia de los nombres del blog y la historia de mis padres, dijiste:

—Ahora entiendo como ves así el amor. Tienes personas de mucho peso detrás.

Te costó un segundo. Me entendías en un segundo. En una frase. Éramos pura conexión.

Abrimos el vino, e hiciste por beber, aunque no te gustaba nada. Aprecié el gesto. Y nos sonreímos mientras nos tumbábamos en un enorme puf rojo que tenías sobre la alfombra blanca rodeados de velas.

—Bueno cuéntame cosas —te dije tratando de disimular mi histeria.

—Si ya te lo he contado todo —reíste mucho menos nervioso que yo.

No era cierto, pero casi... Y al darme cuenta, nos quedamos unos minutos en silencio. Extrañamente, no fue nada incómodo. Fue natural. Simplemente nos mirábamos, ávidos de conocer los detalles físicos que nos faltaban. Apartaste un mechón de mi pelo, cogiste mi mejilla y nos besamos. Esta vez nos besamos de verdad.

Todo ocurrió rodado. Como en esas pelis que comentas:

—Sí, seguro —con una mueca escéptica y la complicidad de tus amigas.

—En la vida real no ocurre así —dices mientras ríes con envidia.

Pero en nuestro caso sí. Supongo que fue la excepción. Supongo que fue esa realidad que supera a la ficción. Y por primera vez sentí que estaba haciendo algo muy bien. Había conocido a un hombre maravillosamente sensible, bueno, atento, cariñoso, cuidadoso, masculino, inteligente, guapo a rabiar y me había enamorado. Me había enamorado de verdad. Por primera vez, hacia las cosas en el orden que debían tener. Y por eso salían tan bien.

Te deseaba tanto, a todos los niveles. Te admiraba. Y tu físico redondeaba aún más lo extraordinario que era tu interior.

Tenías el pelo negro, muy rizado y tupido. Con algunas canas ya. A veces te llamaba abuelito tomándote el pelo, pero cuando te quitaste la camiseta casi me desmayo... Tu piel era suave, mucho más que la mía. Y tenías un cuerpo definido y duro. Sin un gramo de grasa. Tu espalda era ancha y fuerte y tenías en el hombro un hueso roto mal curado que formaba una montañita que yo siempre envolvía con mi mano. Encajaba como a medida. Como me decías que yo estaba hecha, «a tu medida». Tus brazos... Dios mío. Nunca encontraré una cosa igual. Me volvían loca. Eras un genio del deporte. Practicabas todos. Pero el *Windsurf* te tocaba el corazón. Fuiste muchos años campeón en tu juventud y en Gran Canaria, en tu playa, sopla el viento de verdad...

En la habitación que daba a la terraza tenías mil copas de cuando eras joven. Y un montón de fotos, un poco descoloridas, decoraban el pasillo y alguna otra en la estantería de la cocina y en el baño.

Había una, con unos veintitantos años haciendo Ski acuático. «Como puede ser este hombre tan guapo y escultural y ser a la vez tan sensible y romántico» pensé tras pararme delante de ella un rato.

—Tú has tenido que ligar como un loco, ¿no? —te pregunté muy en serio.

—Qué va. Era muy tímido. Me interesaban mis deportes y ya. Las mujeres no se me daban —dijiste quitándole importancia.

Yo me reí.

—Martín, con tu físico no te hace falta. Se te han tenido que tirar al cuello —dije mientras pensaba que era lo que yo al menos hubiera deseado, si hubiera visto a ese portento saliendo del agua.

Alto, fuerte, increíblemente guapo, masculino y dulce a la vez, y sin interés ninguno por las mujeres que debían revolotear a tu alrededor sin duda babeando.

No casaba con el concepto de «tío bueno tradicional». Te faltaba la parte de cabrón-egoísta que tan bien yo había conocido en relaciones previas. Era como si no supieras lo impresionante que eras. Como si te vieras del montón. Y no lo eras. Te aseguro que no lo eras en ningún sentido.

Esa noche dormimos abrazados.

—Este hueco es mío —dije mientras apretaba el círculo que formaban tus brazos a mi alrededor.

—Vale. Vendido —me dijiste al oído.



Llevábamos meses soñando con hacerlo. Nos quedábamos despiertos imaginándolo y narrándolo por WhatsApp o por teléfono. Esa temporada casi no dormimos, teníamos unas ojeras gigantes. Tan grandes como nuestras ganas de estar juntos. Y por fin, allí estábamos. Mirándonos. Alucinados.

Nos reíamos y suspirábamos raro. Tú sobretodo, como si cogieras aire y lo soltaras muy rápido por la nariz. Como si pensaras «he encontrado a la mujer de mi vida, por fin estoy enamorado y se va el domingo».

Te entendía. Yo pensaba lo mismo.

Estaba completamente loca por ti, eras aún más de lo que imaginaba, en todo, y vivías nada menos que a 2000 kilómetros. Tenías tu negocio debajo de casa y a tus dos hijos a 30 minutos. Era imposible que pudieras trasladarte a Zaragoza.

Lo habíamos hablado mil veces. Estuvimos a punto de no empezar la relación por ese problema.

—Martín no podemos ilusionarnos con esto —te dije la primera vez que afirmaste que «lo nuestro» era diferente— es imposible.

—¿Sabes? Para mi tú no eres imposible —me dijiste— no voy a dejarte escapar.

Yo me negaba, no sería la primera vez que lo intentaba con alguien a distancia, pero ésta era demasiada. Igual que la fortaleza de nuestra conexión y volvíamos a hablarnos y una y otra vez.

Cada vez nos gustábamos más. Nos deseábamos. Y empezamos a contarnos nuestras cosas hasta que llegamos a necesitarlos.

—Cuéntame, ¿qué tienes que me hace sentirme tan bien hablándote? Yo no suelo hablar ni escribir tanto. Me sorprende a mí mismo. Eres una enfermedad. Tengo que vacunarme urgentemente porque creo que estás muy lejos pero me da igual. Esto merece la pena. Sin duda.

—¿Por qué no serás de Huesca, por ejemplo? —Escribí.

—Cosita déjate llevar. No pienses.

Y así, sin pensar, nos tiramos a la piscina.

Nos fuimos conociendo bien esa temporada. Cada día nos buscábamos y hablábamos durante horas. Me contaste tu historia y yo la mía. Nos entendíamos bien.

Cuando me entraban dudas, tú estabas tan seguro...

—Eres un espectáculo de mujer. Conectar así no es nada fácil. Es un milagro. No voy a renunciar a ti por sólo 2000 km.

Recuerdo aquel día en que me lie la manta a la cabeza, y te mandé la foto de mi tarjeta de embarque. Tu emoción fue tan bonita. Tus palabras como siempre, inolvidables. Mi corazón desbordado... y aunque tuve mil dudas, mil miedos, en ese momento supe qué hacía justo lo que debía.

Y allí estábamos. Sin saber que sería de nosotros pero más felices que jamás antes en nuestras vidas.

Nos habíamos encontrado.

El día enseguida nos sorprendió. Se oían coches fuera y aire. Mucho aire.

—De playa nada —pensé en alto.

—Qué va. Ven, mira —dijiste abrazándome por detrás.

Por la ventana del salón se veían montañas. Hacía la derecha mirabas dirección norte y a la izquierda al sur.

Efectivamente, el sur estaba despejado, y en el norte, la «panza de burro» (acumulación de nubes a baja altura que actúa como pantalla solar típica del norte de las Islas Canarias) nos ayudó a decidir la dirección. Así que tras desayunar fruta y más fruta, cereales y tu bocadillo de tomate y jamón, nos dispusimos a ir para abajo.

Todo era nuevo. Nunca había recorrido la isla entera y no quería perderme ni un detalle. De todo, llamaba mucho mi atención las siluetas de las montañas. Se veían varias superpuestas. Había muchas palmeras y el mar era de un azul mucho más intenso que el mediterráneo. Era mucho más oscuro. Más profundo supongo.

—Eres como mi hija, ávida de conocerlo todo, pendiente de todo detalle.

Sonreí. Lo estaba. Lo era. Quería absorber aquel paisaje, aquella sensación. Era increíble, fantástica y nueva para mí.

Fuimos al sur, a Maspalomas. Y desde luego hacia un tiempazo (buenísimo). En Zaragoza estábamos rozando los 0.ºc así que la diferencia era aún mayor. Era como estar en otro mundo. Uno mágico.

Íbamos vestidos de calle pero abriste el maletero y te pusiste un bañador y unas «cholas» (chanclas). En ese maletero llevabas de todo. Bañadores, camisetas, toallas, ropa de abrigo, juegos, equipo de escalada, cometa, agua, fruta, barreños... Podríamos habernos ido a cualquier sitio tres meses sólo con lo que había allí dentro. Y ese mismo día entendí porque...

Anduvimos por todo el paseo, visitamos los hoteles de lujo como si fuéramos guiris, recorrimos de la mano aquellas dunas ondulantes y suaves que aparecían al fondo de aquel minipaseo que nunca olvidaré, con palmeras a ambos lados, donde nos hicimos nuestras primeras fotos juntos, y te transportaban a un desierto, y acabamos tumbados en la playa más allá del faro. Yo me apoyé en tus piernas y tú me sujetabas la cara con una mano, mientras con la otra acariciabas mi costado, tan suave que no sabía si lo hacías o me lo imaginaba, como cuando lo hacíamos a distancia. Allí estuvimos un buen rato. No dijimos nada. Sólo los suspiros cortos que sacaban el aire por la nariz y muchos besos y miradas. Estábamos tan bien juntos.

Nos gustaba acariciarnos, jugar con nuestros dedos y manos y, aunque no eras un hombre muy risueño, cualquier tontería nos hacía reír. Como cuando sonó el teléfono en esa misma playa y tú respondiste:

—Qué va, qué va, ¿qué hago?, sácame de aquí. Es insoportable —intentando poner cara de malo.

Yo me reí y grité:

—¡Eh! ¡¡Michel no le hagas caso!! —Mientras te hacía cosquillas y te decía—. Si sabes que te tengo coladito.

La risa se nos contagiaba. Imagino que eran nervios, y una manera de liberar la putada maravillosa que nos estaba ocurriendo. Nos habíamos enamorado.

Nos fuimos a comer. Me llevaste a un restaurante que te encantaba en el paseo, y hasta las camareras se daban codazos al vernos. Ibas con tu padre. A él también le gustaba mucho, así que dejé que eligieras.

—En tiempos en esta terraza tocaban música en directo, te hubiera encantado — dijiste soltándome la mano para señalarla un segundo.

—Yo te cantaré lo que quieras. Cuando vengas a Zaragoza organizaré un concierto. Pero tendremos que soltarnos o tendrás que subir conmigo al escenario.

Éramos un pelín empalagosos, es cierto, pero sin llegar a dar asquito. La gente nos miraba con ternura. La misma que emanábamos nosotros. La misma que me aportabas. Ternura y paz. Sobretudo paz.

Eras muy tranquilo. Sosegado. Jamás te vi alterado. Tenías un don para calmarme. Siempre he sido un torbellino y contigo me convertía en una brisa suave. La misma que nos envolvió cuando te sentaste detrás de mí en el muro del paseo y me dijiste:

—Cierra los ojos. Escucha el mar, siente la brisa, no pienses. Sólo siente.

Y lo hice. Lo hicimos.

—Eres fuerza y luz. Le das brillo a mi vida.

Abrazados pensé que era lo más bonito que nadie me había dicho.

Te besé, sonreí, miré al mar y volví a cerrar los ojos aspirando profundo, tratando de sentir cada sensación, cada segundo.

Allí mismo supe que serías el amor de mi vida.

Esa tarde fuimos a conocer a Michel. Era tu amigo del alma. Tu hermano aunque no de sangre. Siempre me hablabas de ese «loco» medio francés, medio andaluz y medio canario y tenía muchas ganas de conocerlo por fin.

Cuando llegamos a su encuentro recuerdo que pensé «¡qué alto! (mide casi 2 metros) y qué guapo».

Creo que hasta me puse roja, y desde luego celosa, de pensar en cómo tenían que ligar esos dos monumentos nada más que quisieran. No eran niños, de hecho pasaban ambos de 45, pero eso aún les hacía más atractivos. Parecían dos modelos.

Y en medio de mil pensamientos, Michel se acercó y me dio un abrazo enorme. Estaba contento porque yo hacía a su amigo feliz y me lo dijo. Enseguida vi su enorme corazón. Era tal y como me habías dicho. Y nunca más me puse celosa.

Los tres nos fuimos hacia esas montañas que hacían sombras increíbles... iba a veros escalar. Michel no paraba de hablar, yo de sonreír y tú de escuchar. Era genial oírlos contar «batallitas». Os podía ver a los dos juntos en cada escenario que Michel describía. Me reí muchísimo cuando contaste que las pocas veces que salías de noche, Michel siempre ligaba, y tú simplemente te quedabas agazapado hasta que él, tras

haber anonadado a las «presas», decía os voy a presentar a mi amigo Martín.

Imaginaba la cara de las chicas al verle a él, y luego a ti acercándote. Seguro que si eran varias, se acabarían pellizcando para ver si estaba pasando de verdad, o como yo en la parte trasera de aquel coche, sólo lo estaban imaginando.

Trataba de ponerme en situación y me partía de risa por dentro. Me moría por llegar para poder haceros fotos que ilustraran toda la conversación que estaba deseando iniciar con las nenas. Iban a alucinar.

Por fin llegamos. Dejamos el coche en un lado de la carretera. Allí parecía no haber nada. Abriste el maletero y pasaste de ir en «cholas», a presentar si hubieras querido un programa de escalada. Yo seguí con mis vaqueros... Había pasado de estar muerta de calor a tener frío y, antes de que pudiera siquiera decirlo, me pusiste un polar negro y me diste friegas para que se me quitara.

—Ven, ten cuidado —dijiste mientras me cogías de la mano para atravesar un puente que llevaba a unas escaleras metálicas, un poco inestables, con una barandilla que no daba seguridad ninguna.

—Da un poco de miedo —dije, y entonces tú pasaste delante para darme más seguridad.

Siempre estabas pendiente de mí. Siempre estabas pendiente de todo. Siempre estabas pendiente de todos. Eras así. Un «corazón con patas». No recuerdo a quien le oí la expresión pero te describía a la perfección.

Y allí, en medio de ese paisaje precioso, empezó a hacerse de noche. Antes yo había intentado escalar. Era mi primera vez. Qué lugar para un estreno. Era Fataga. Un impresionante barranco de piedra rojiza y con mucha vegetación verde intenso. El cielo me pareció más azul de lo normal, estaba precioso. Y constaté que además estaba muy muy lejos, cuando en mi primera subida, a los 30 centímetros del suelo, mis piernas dejaron de responderme... prefirieron temblar. Yo sólo pensaba «qué va, baja de aquí» y sin darme cuenta lo estaba gritando.

—Bájame de aquí —grité mitad en broma, mitad muerta de miedo.

Tú y Michel os partíais de la risa y yo os juré venganza. Os hubiera matado, qué rato pasé. Así que al quitarme los pies de gato que me habías preparado, decidí que desde entonces la fotógrafa oficial sería yo en lugar de ti, mi chico, (otra afición que dominabas mejor que cualquier profesional) y no volví a ponerme el arnés. Al menos por esa tarde, porque contigo no valía rendirse.

Subisteis un montón de vías. En una, te atascaste pero por tus narices, tenías que sacarla y creo que fundiste más del 80% de batería que te quedaba en el cuerpo por ese sobre esfuerzo, pero lo conseguiste. Eras un luchador. Aunque eso hizo que en el restaurante de Las Palmas, casi te quedaras dormido mientras cenábamos, pero la encadenaste. Cabezón.

Al ir hacia el coche, me abrazaste fuerte y me susurraste:

—Te quiero bicho.

No podía sentirme más feliz.

Recuerdo como me mirabas cuando me arreglaba. A veces eras casi como un espía, te veía medio escondido reflejado en el espejo. Pero a mí no me molestaba en absoluto. Recuerdo cada gesto de tu cara. Era diferente si me arreglaba el pelo o si me pintaba los labios. Y siempre querías hacer fotos de todo. Me hacías sentir preciosa. Deseada. Querida. Que sensación tan bonita.

Te gustaba que me pusiera muy guapa, y cuando ya estaba lista, te encantaba destrozarlo todo con mil besos o con una parada en la habitación... Que lindo, como tú dirías.

Esa noche hablamos mucho. Hablamos de proyectos, de ilusiones... querías montar un *lounge* bar, donde la música fuera la protagonista. Como el Café del Mar de Ibiza. Cuanto te gustaban esas islas. Habías viajado allí hacía no mucho y relatándomelo me dijiste:

—Faltaste en ese viaje.

—Pero ya estoy aquí —dije sonriendo.

—Por fin. Llevaba mucho esperándote.

Me contaste cada particularidad. El tipo de bar, la música, la carta... Hablamos de hasta el más mínimo detalle y al día siguiente al atardecer, fuimos a ver el local donde querías abrirlo. Lo tenías todo pensado. Tenías al compañero perfecto de viaje. Michel sería socio y encargado, era alto, guapo, hablaba sin parar y en varios idiomas, y tenía gancho, mucho gancho. Con hombres, mujeres y hasta con niños. Otro socio aportaría el capital necesario para arrancar antes de que el proyecto fuera viable por sí solo. Y tú llevarías la gestión y administración. Controlarías un poco todo.

Estabas tan ilusionado. No hay nada más bonito que escuchar a alguien hablando de algo que siente con verdadera pasión. Mi cara se iluminaba cuando te contemplaba. Y la tuya estaba deslumbrante. Tenías vida en la mirada. En esos ojos medio gris, medio castaños y medio verdes, dependiendo del momento, que me derretían cada vez que me mirabas. Sonreías, creo que por fin sentiste que la vida era fantástica. Te habías enamorado, tenías tu proyecto personal con tu amigo del alma, planes, ganas... Eras de verdad feliz. Muy feliz. Y se te notaba.

Esa noche era carnaval en el sur. Así que fuimos a verlo cámara en mano. Hacía mucho que no cogías tu pedazo de cámara. Demasiado. Era casi profesional, lo que unido a tu increíble propensión a ver belleza en cualquier sitio, hacía que tus fotos fueran admirables.

—¿Por qué dejaste de hacer fotos? —te pregunté yo.

Entonces me contaste que intentaste ganarte la vida con ello y no lo habías conseguido. Creo que fue una gran decepción para ti, porque además eras buenísimo.

Tenías 500 libros en tu salón que seguro te sabías de memoria. Eras muy sensible, paciente y perfeccionista. Cualidades perfectas para la fotografía.

—Pues desde hoy quiero que la cojas siempre, y que hagas mil fotos de todo, ¿vale? —te dije.

Y lo hiciste, vaya si lo hiciste. En siguientes viajes y visitas, creo que me arrepentí de esa petición. Cada paso era una parada. Siempre había algo que inmortalizar. Sobre todo los detalles. Casi siempre hacías primeros planos, todo «zomeado». Querías analizar el más mínimo detalle de casi todo, y podías estar horas esperando la foto perfecta.

—Martín, amor, vamos que llevas ya 100 fotos —te decía cuando ya me había cansado de hacértelas a ti haciendo fotos a todo.

Pero es cierto que cuando te fijas en lo pequeño, a veces comprendes porque es así lo grande. Y esos pequeños detalles, esa espera y paciencia te convertían, de alguien normal, en alguien extraordinario.

Aun así no lo lograste. No pudiste ganarte la vida como fotógrafo. Y no te gustó.

Pasaste una etapa muy mala. Te separaste. Tenías problemas en la empresa. Tus padres no se llevaban bien y con tus hermanos la relación no era la que querías. Estabas muy triste por eso. Estuviste muy triste por muchas cosas. Te sentías solo e incomprendido. Te encerraste en ti mismo y empezaste a tomar antidepresivos. Creo que venía de largo, aunque me explicaste que tu peor fase había sido unos tres años atrás.

Estabas profundamente decaído por no vivir con tus hijos. Te sentías culpable. Tus hijos te adoraban. Te miraban con esa admiración que siente un niño cuando cree que su papá puede hacer hasta magia. Era precioso verlos juntos. Eras un padrazo, una persona de esas «a la antigua». Habías imaginado una vida tradicional. Anhelabas llegar a casa con una mujer que te esperara y cuidara, y que tus niños se te tiraran encima al oír la cerradura, pero al final del día, si no ibas a hacer deporte, simplemente subías al piso de arriba y te martirizabas. Tu vida era diferente y te costaba muchísimo encajarlo.

Pero ahora me habías encontrado, ahora tenías ilusión y era ¡¡carnaval!!

Aluciné cuando llegamos. Tuvimos que aparcar a 40 minutos andando de dónde íbamos. Estaba repleto de gente. El 98% iban disfrazados. Pero no esos disfraces de llegar y comprar. Eran disfraces personalizados, para un carnaval Canario. Espectacular por los cuatro costados. No paramos de bailar. Recorrimos todo el desfile desde el primer hasta el último camión customizado con mil motivos... unos iban de años 20, había brujas, había playmobils, había autos de choque, drags... era una fiesta como nunca había visto. Y la disfrutamos. Música, felicidad, baile, besos. Todo estaba permitido. Todo era una locura. Y eso hicimos. Amarnos con locura.

Tras 5 horas caminando sin parar, haciendo fotos a todo, corrimos a casa. Teníamos invitados y había que cocinar... Michel y Patri venían, y habíamos comprado almejas para hacer «Espagueti Vongole». Corrimos tanto que tuvimos que estirar para que no me diera un tirón, pero los Espagueti estuvieron a su hora y en su punto, aunque desde entonces los llamamos «Espagueti a la Carrera».

Esa noche pusimos los platos buenos. Y hasta bebimos vino los cuatro. Nos reímos muchísimo. Patri, Michel y yo no dejábamos de hablar. Tú nos mirabas.

Observabas cada gesto, palabra y frase y sonreías, pero no hablabas mucho. Creo que estabas sintiéndote afortunado. Se notaba en tu expresión. Hasta querías repetir, hasta comiste tu postre y mitad del mío. Me encantaba verte comer bien, sobre todo porque normalmente te alimentabas sólo de fruta y pasta sola o arroz.

—Te falta carne, amor —siempre te decía yo—. No puedes darte esas palizas de deporte y cenar una manzana y una zanahoria.

Pero si podías, de hecho lo hacías, y pensándolo bien, tu cuerpo no podía ser mejor, así que quizá no fuera tan malo... pero esa noche cenaste y ¡bebiste! De hecho nos faltó vino. Si llega a haber otra botella, estoy segura de que hubiéramos acabado en la montaña para que os cantara viendo las estrellas como se propuso en la mesa, a lo que yo respondí en plan de broma:

—Sin mi guitarrista no canto —como si fuera alguien famoso, burlándome de sí misma.

Cambiamos las estrellas por el salón y nos tiramos los cuatro en la alfombra. Aquello parecía un gallinero. Risas, carantoñas, grititos tontos de enamorados haciéndose cosquillas. Fotos, música... Y como siempre mil velas. Te encantaban. Te dio por hacer una foto de una, y no encontrabas la luz que querías... igual estuviste media hora... eras demasiado puntilloso.

—Para ya y ven aquí ya «coñassssso» —te decía yo imitando tu acento.

—Burletera —me respondías casi siempre.

Poco a poco la intensidad de todo bajó, y Michel y Patri se fueron. Yo también me iba en unas horas y cada minuto nos parecía que se escapaba demasiado rápido. Pusiste «Feels like rain» de John Hyatt, una de mis canciones favoritas, que grande, y me tendiste la mano levantándome y poniendo la mía alrededor de tu cuello. Me agarraste fuerte por la cintura y bailamos.

Recuerdo tu olor. El tacto de tu pelo, tus manos en mí. Recuerdo que pensé que ese momento estaría siempre en mi memoria y sonreí.

—Qué vacío se ha quedado ahora el salón —te dije bajito.

—Jamás ha estado tan lleno —susurraste tú y me besaste.

Creo que ese fue uno de los mejores momentos de mi vida. Desde luego el más romántico.

Esa noche no dormimos. Recuerdo los suspiros que confirmaban que me iba en un rato. Suspirabas rápido y corto, expresando «que putada» y yo contestaba parecido. Trataba de sonreír para que no notaras nada, pero sabía que en ese campo, serías el hombre más importante de mi vida. Ya lo eras. Ya habías dejado esa huella que decías querer dejar en mi vida.

—Quiero que lo nuestro sea eterno. Como las grandes parejas. No quiero pasar por tu vida sin dejar huella...

A día de hoy sigue intacta y creciendo.

Contra nuestra voluntad, llegó la hora... de nuevo llamábamos la atención por no poder separarnos. Avanzábamos hacia facturación como un solo cuerpo... que

plastas. Y cuando nos quedaban 3 personas delante, te di las gracias. No por el finde solamente, el mejor de mi vida hasta entonces, si no por todo. Por ser tan bueno, dulce y atento. Por tener todo lo que podía desear. No te faltaba un detalle. En ese momento me empujaste hacia delante ocultando tu cara. No querías que viera que estabas llorando. Pero lo vi. Y te abrace y traté de no llorar para no poner peor las cosas.

—Tonto si pronto nos vamos a ver, tú vas a venir a Zaragoza y yo volveré en nada —te dije acariciándote la cara con el hilo de voz del que disponía.

—Ese es el problema, que no sé cuándo podré ir —dijiste entre lágrimas.

Sacaste de tu bolsa un trozo de tu cuerda de escalar con el doble ocho, el nudo de seguridad, hecho por ti.

—Quiero que la tengas.

Era roja. Y entonces te pregunté si sabías la leyenda del hilo rojo.

—Es una leyenda oriental que dice que todos nacemos con un hilo rojo invisible atado en nuestro dedo meñique. Es el que tiene conexión directa con el corazón y el que nos conecta con el corazón de la persona que será nuestra compañera. El hilo puede enredarse o tensarse pero jamás podrá romperse, pase lo que pase.

—Te quiero —dijiste entre lágrimas.

—Te quiero —respondí emocionada— este es nuestro hilo rojo.

Me conmoviste. Y supe que si no venías tú, volvería yo. Y al cruzar el último cristal que nos separaba, tras el gesto surfero que siempre hacíamos al decirnos adiós, me derrumbé. Y comencé a llorar desconsolada hasta que llegamos a Madrid.

Una señora al verme entrar con semejante disgusto en el avión me ofreció un pañuelo. Yo lo acepté con una sonrisa y pensé en el gesto tan bonito e inusual que había tenido. Todo contigo se volvía así de especial.

Ya en Zaragoza volví a mi rutina. Todo era lo mismo pero mucho más bonito. Puse tu cuerda alrededor de una hucha en forma de corazón en la que iba metiendo cada día una moneda para nuestros viajes. Le hice una foto y te la envié.

—Nadie mejor que tú para mí —dijiste acompañando el mensaje con 5 corazones enviados uno detrás de otro.

Te sentía conmigo. En cada paso. ¡Lo estabas! No sé cómo pudimos sacar adelante algo de trabajo. Cada hora hablábamos. Cosas grandes, pequeñas, tonterías... pero algo nos decíamos. Mis mensajes favoritos eran los que simplemente decían «Te quiero». Sin venir a nada. Sin finalizar nada. Sin querer empezar ninguna conversación. Simplemente para que lo supiera. Y pensé que tenías razón en aquel WhatsApp en el que me dijiste, cuando yo dudaba de la viabilidad de la relación, que te daba igual que viviera en Zaragoza o en La India. Que volarías mil veces, que cruzarías océanos y precipicios si al otro lado estaba yo. Ahora yo también lo sentía. Sentía que podía con todo. Sentía que la vida merecía la pena. Estábamos



exactamente en la misma frecuencia. «Sin interferencias. Invencibles». Como tú decías.

Nunca me he sentido más fuerte. Hasta volar, cosa que me aterraba, me empezaba a emocionar.

Éramos felices y nos lo decíamos. Nos decíamos todo lo que debe decirse una pareja. Y más. Nos apoyábamos. Éramos un equipo. Un gran equipo. El mejor.

Nuestra tarea favorita era planear nuestros encuentros, creo que con la imaginación fuimos a cada rincón del mundo. Viajar nos encantaba a los dos, aunque yo era más de Nueva York con sus miles de luces y millones de habitantes y cosas por hacer, y tú, más de naturaleza salvaje, tipo ir a glaciares y avistar ballenas desde un barco con apenas 4 tripulantes. O coger una furgoneta con un colchón en la parte trasera y dormir a pie de alguna playa desierta.

—¿Y dónde nos duchamos? —te decía siempre riendo.

—Llevaremos un bidón de agua y habrá que aprovecharla —respondías— y si no ¡al mar!

—¡Si hombre!, una cosa es que sea «pressioso» —te decía tomándote el pelo— y otra que valga como baño. Que luego querrás que tenga los labios bien pintados y el pelo arreglado —reía y te sacaba la lengua.

—Bicho de ciudad —me decías moviendo la cabeza— ten cuidado con esa lengua, no te la vaya a comer.

Éramos diferentes. Mucho. Pero compartíamos valores y sensibilidad y gusto por muchas cosas en común. Nuestras diferencias encajaban como un perfecto engranaje que hacía que por fin funcionáramos. Era como si hubiéramos estado parados hasta que nos encontramos.

El siguiente viaje fue a Zaragoza. New York y Argentina tendrían que esperar, pero ningún destino era malo si estábamos los dos. Y menos mi ciudad. Siempre me ha encantado.

Al ir a buscarte al AVE me temblaban las piernas como mi primer día de escalada. Estaba tan nerviosa como emocionada... creo que no me he vuelto a sentir así desde que no estás. Era una sensación indescriptible. Enorme. Magnífica. En tus palabras, era «mucho».

Ese viaje fue otro sueño. Recorrimos cada esquina y flipaste con todo.

—Se respira gran ciudad —decías admirado cuando llegamos a la Plaza del Pilar.

Yo sonreía pensando que todo es relativo, pero es cierto que «mi» Zaragoza dio el tipo. Estaba preciosa. Es preciosa. Recorrimos todos los rincones, y tu brazo perenne sobre mi hombro me henchía de orgullo.

Hacía bastante aire y frío, y no sé porque siempre que voy por el Paseo Independencia (4 veces al día) recuerdo cuando me dijiste:

—Vamos por dentro de los soportales que hará menos viento. Pegados a la pared lo notaremos menos.

—¿Ah sí?, ¿y tú como sabes eso? —te dije sacándote la lengua.

—Entiendo de muy pocas cosas, pero de viento sí —y me guiñaste un ojo.

Las horas cundían el doble juntos. Y, aunque pasaban demasiado rápido, ese viaje fue imposible hacer más cosas. Vimos mis zonas favoritas de Zaragoza. El casco antiguo, las murallas, la plaza del Pilar y La Seo y el río desde el puente de piedra con el Pilar iluminado.

—Que fotos nocturnas saldrían aquí. El próximo viaje me traigo el objetivo.

Ahora cada vez que salgo a correr o a pasear, me paro exactamente donde entonces nos abrazábamos.

Vimos muchas cosas, aunque nunca llegaste a conocer La Aljafería. ¡Mi madre casi me mata por eso!

Cenamos con las nenas, a las que te ganaste en un segundo cuando les dijiste su nombre en el portal de casa al venirnos a buscar:

—Hola Sam, hola Marta, ¿cómo están? —dijiste mientras les dabas un beso con esa sonrisa tuya blanca y encantadora.

En seguida llegó Dani, el novio de Sofía (Sam), que también es fotógrafo aficionado, y todos nos sorprendimos, pues les había avisado de tu timidez y no dejaste de hablar con él.

Fuimos de tapeo, quería que probaras cosas típicas, así que las migas con uva no faltaron.

—«Mmmmm», «delissiosah» —decías con ese acento dulce y calentito que me volvía loca.

Después fuimos al concierto. Como te prometí lo hicimos coincidir con tu visita, me ibas a ver cantar y yo estaba más nerviosa de lo habitual. Quería que fuera perfecto. Y lo fue.

Sam siempre recuerda el momento en que me oíste cantar por primera vez y en un gesto súperinesperado, sobretodo en alguien tan reservado, subiste al escenario a darme un beso y un abrazo.

Yo te veía ahí abajo. Tan perfecto. Tan guapo. Te cantaba a ti y tú me mirabas sólo a mí. No podía creerlo. Era como un sueño. Más que un sueño. Ya sabes que «Santa Lucía» de Miguel Ríos siempre será tuya. Y todas las de aquel concierto. Parece que te describían... «The one and only», «Moriría por vos», «More than words», «Contigo aprendí»... cualquier canción hablaba de ti. Cualquier canción habla de ti todavía.

El resto de amigos te dieron un sobresaliente. Todos destacaron lo educado que eras y cómo me mirabas. Cómo nos mirábamos. Como si viéramos un tesoro y supiéramos que era todo nuestro. Estábamos pletóricos.

Esa noche en casa me dijiste que te hacía feliz. Que era la mujer de tu vida y querías pasar lo que te quedara a mi lado.

Así fue.

Al día siguiente fuimos a los Mallos de Riglos. En el coche nos partimos de risa imitado uno el acento del otro. No parecías tú hablando en «peninsular». Tú eras un

canarión de pura cepa. Mi «guanchesito». Pero me partía de risa cuando al decir Zaragoza marcabas la Z o las eses de los Mallosss de Riglosssssss. Parecía que mandabas callar a alguien. Cuanto nos reímos. Cuando llegamos te volviste loco. Te tirabas por el suelo para conseguir «la foto». Ibas resoplando, admirado por las calles, mirando hacia arriba a aquellas montañas impresionantes. Querías llegar a ellas. Como fuera. Así que por allí, en medio de la nada, cuando agotamos las escaleras que subían a la iglesia, me empujaste para subir. Yo me enfadé, ¡¡no había camino!!

—Venga. ¡Arriba mi niña! —decías sin el mínimo atisbo del miedo que a mí me invadía.

Y aunque asustada de verdad, aunque te reñí y pase mucho miedo, al final llegamos arriba. Tenías razón. Se podía. Aunque no fuera ese el camino, llegamos hasta las vías (de escalada). Allí nos sentamos a los pies de la montaña y observamos el paisaje. Era una verdadera maravilla. Casi te mueres de emoción. Había muchos escaladores y tú les preguntaste:

—Mira —gritaste esperando respuesta—. Mira, que grado tienen estas vías —repetiste.

Yo te dije que ese «mira» no lo entenderían. Debía ser canario...

—Aquí tienes que decir «oye» «guanchesito». Si no, pensarán que me estás hablando a mí —te dije sonriendo.

No recuerdo que grado era, pero llegabas sobrado.

«El puro» te flipó. Era la formación más especial, alta y delgada y el grado para escalarla no era muy alto. Sólo hacías fotos como loco. Te tumbabas una y otra vez móvil en mano y repetías:

—¡Cuando lo vea Michel!, «vamoh» (con esa hache aspirada) se vuelve loco.

Y planeamos volver con él.

Yo estaba aún más contenta que tú, pues en el fondo quería que te enamoras de mi tierra para que un día te plantearas venir para quedarte.

Allí en silencio, hablamos sin palabras. No se oía nada. Puro silencio. Lo respetamos. Y aunque hacía mucho frío, el sol nos regaló esa sensación que sólo ocurre en invierno cuando notas su calor en la cara y te reconforta como ponerte una manta. Aquella terraza nos regaló paz a ambos.

Empezó a atardecer y Alquézar fue la guinda. Nunca he estado en un escenario tan precioso como ese. Creo que es el pueblo más bonito de España, quizá del mundo. Siempre he sido un pelín exagerada pero así lo recuerdo. Hacía un frío que pelaba pero lo pateamos. Era como un sueño, una peli. No paramos, arriba, abajo, Monasterio, Iglesia, callecitas, barranco... Todo era único, y aunque ya fue tarde para hacer la ruta de las pasarelas por el río Vero, nos sentamos en aquel mirador en el cortado que nos permitía ver ese paisaje apabullante, incluso más ya iluminado.

Parecía una postal. Tú insististe en que nos quedáramos. Pero yo te había preparado la cena en casa, y aunque nos quedó pendiente el río, al menos mi plato estrella se convirtió desde entonces en tu favorito.

Esa noche me dijiste que hacía un mes que habías tomado la última pastilla de tu medicación. Creo que te sentías tan fuerte como yo. Creíste que ya no era necesaria. Tenías lo que deseabas, eras feliz. Y me pareció bien, me pareció genial. Aunque ahora sé que no lo fue.

Tuvimos una gran noche. La noche perfecta diría yo. Cada vez que pienso en ti, te veo apoyado sobre tu brazo derecho mirándome «bobito» y resoplando con felicidad en tu lado de mi cama.

—Eres tan bonita Val —dijiste— no sabes cuánto te quiero.

Ese domingo había mercado en Las Armas. Es una zona de Zaragoza que no era muy buena precisamente, pero que desde hace unos años a esta parte se había inundado de jóvenes emprendedores con locales llenos de nuevas marcas, empresas de diseño, imprentas, tiendas de restauración de muebles antiguos para convertirlos en modernos, librerías, decoración... Como el Soho pero en «maño».

Cuando hay mercado, todas las tiendas abren aunque sea domingo y la calle y la plaza se llenan de puestos con productos de todo tipo. Desde accesorios hasta mermeladas y todo con el requisito de estar hecho artesanalmente y presentado muy chic. A veces, si el mercado es gastronómico, hay «food trucks», camiones que sirven comida en formato tapa de los restaurantes más conocidos. Hay música en directo y actividades programadas, desde para adultos, hasta para los más pequeños. Todo se mezcla pero bien orquestado. Es un espectáculo. Se llena hasta los topes y, aunque las multitudes no te emocionaban, te gustó muchísimo y retrataste cada detalle.

«Fíjate bien en cómo está organizado por si acabas en Las Palmas» me dije mentalmente.

Pensé, Zaragoza es a Las Palmas como Madrid a Zaragoza. Todo va con cierto retraso, y allí es cierto que el clima y el turismo daban muchas oportunidades que no se estaban aprovechando.

Mi cabeza siempre luchaba por encontrar una solución a nuestra situación. Aquí o allí teníamos que acabar juntos. Estar separados empezaba a ser demasiado doloroso.

En la estación fue como decir adiós a lo más importante de mi vida. Me dolió en el alma verte marchar. Esta vez ambos llorábamos abiertamente. ¿Cómo el amor podía doler así?, pensé.

Te llamé desde el mirador del andén. De lejos nos miramos. Sentíamos tanto amor como dolor.

—Brillas —dijiste con un hilo de voz.

—Es por ti —dije yo.

Llegué al coche hecha un mar de lágrimas, pero me paré y me di cuenta de lo grande que era sentirme así, y sonreí. Llevaba toda mi vida esperándote, y te había encontrado. No me lo creía. Lloraba y sonreía a la vez. Te amaba. Por fin sabía lo que era amar. Por fin sentía lo que era el amor. Y aunque te ibas, estabas.

La semana siguiente fue preciosa. Éramos dos personas tratando de decirnos cuanto nos queríamos constantemente. La vida era tan buena. Para los dos y para mi sorpresa en apenas dos semanas volvía a Las Palmas. Tenía un evento familiar y fue como un regalo. El mejor regalo.

Esa noche no podíamos dormir de tanta emoción. Hicimos planes como si fuera a ir un año, y aunque lamentablemente no era tanto, cada encuentro era una vida para ambos.

Cada día por las mañanas me preguntabas:

—¿Cómo está mi niña hoy?

Mi niña, bicho, mocosa, princesa (leído prinssesa), sueño, sol, amor y joya era como casi siempre te referías a mí. Así o con sus diminutivos. Algunos adjetivos me parecían súpercuris entonces. Ahora me encantan todos.

Tú te reías porque siempre te contestaba:

—¡Muy bien!

Ese mensaje solía llegar de camino al trabajo. Casi siempre me pillaba en el Paseo de la Independencia donde desde entonces me pego a la pared casi sin pensarlo. Era el segundo mensaje de las mañanas pero el primero en «directo».

Antes, cuando yo ya dormía, tú escribías algo para mis despertares. Siempre era algo increíble. Cómo te sentías de enamorado, cómo querías que yo enfocara el día, propuestas de viajes y planes, deseos... ¡cómo no iba a estar siempre bien! Si tú lo estabas, yo estaba mejor.

Fue un tiempo maravilloso. Para no olvidar. Tú sabías describirlo como nadie. Nos narrábamos cada cosa bonita que hacíamos. Queríamos compartir todo. Te ayudaba con tus planes, tú me ayudabas con los míos. Incluso ilustraste la web de mi nuevo proyecto con tus fotos. Yo vivía tus aficiones como si de verdad las realizara contigo. Me mandabas fotos de todo... de la espuma del mar, de los atardeceres, de nuestras montañas, de tus «muñequitos» de pelo rizado. De mi ciudad. Cada foto era un tema diferente de conversación. Me mostrabas mil cosas y me enseñabas mil más. Como aquella tarde que fui fotografiando todo Zaragoza mientras hacía recados. Cada calle tenía algo que quería que vieras, y al anochecer me hiciste aguardar un rato hasta que llegó el momento en que las fotos eran más bonitas porque la lente al hacerse oscuro apreciaba un azul en el cielo que el ojo no llegaba a distinguir.

—Se llama hora azul —dijiste— las luces de la ciudad se compensan con la natural y los colores parecen mucho más intensos. Sobre todo el azul del cielo.

Te mandé un montón de fotos tratando de buscar el mejor azul. Había unas cuantas espectaculares. Y creo que nunca he mirado el móvil con más ilusión como cuando pusiste la última como foto de perfil de tu WhatsApp.

Creo que flotaba más que andar. La vida me sonreía. De oreja a oreja.

Ni siquiera tuve ese miedo que me invadía antes de ti a veces, cuando todo iba fenomenal y pensaba «esto no puede durar».

Era 100% feliz.

Todo era perfecto, pero una noche, no te encontré muy animado. El plan de *lounge* café, con el que tanto nos habíamos ilusionado, se había ido al garete. Los nombres, las actividades que te había sugerido, los «pop up» o mercadillos para nuevos diseñadores que veía en la terraza y atraerían a tanta gente, se habían esfumado de un plumazo.

No había financiación, y no cabía otra opción por diversos motivos. Te viniste abajo. Te viniste demasiado abajo, pero pensé que sería algo puntual, era lógico estar decepcionado, aunque desde ese día, quizá porque ya cada vez teníamos más confianza, pude ver que algo en ti iba cambiando.

Por primera vez empezaste a mostrarte decaído a veces. Sobre todo cuando no hacías deporte pero no me preocupé. Llegaba en cuestión de días y tenías claro lo importante y la suerte que tenías en términos generales. O de eso te convencías. Y eso me decías.

—Es un palo, pero voy a centrarme en sacar adelante la empresa. En mis hijos y en ti. Soy un guerrero —decías convencido— seguiré adelante.

Como siempre, hablábamos cada día, a todas horas, sobre todo de noche. Y aunque sé que me querías tanto como yo, tu ánimo cambiaba en ocasiones. Me preocupaba. Y un día me hablaste de «vacíos».

—¿Qué vacíos?, explícamelo mejor —dije— quiero entenderte.

Como tú me decías cuando estaba alterada sin motivo. Igual que tú, no lo comprendía bien.

Ahora lo entiendo tanto. Nunca imaginé que pudieran tener esa profundidad. Esta profundidad.

Quería animarte siempre. Así que empecé a estar más pendiente. Y sin embargo, y a pesar de que todo seguía siendo un sueño, te notaba distante a veces. Era como si unas veces fueras tú y todo fuera como siempre, y otras veces me hablaras de ti como si fueras otra persona. Como si narrases la situación desde fuera de ti mismo, sabiendo que tenías suerte en muchos aspectos pero sintiendo demasiado la desgracia. Sintiéndote «vacío».

No le di importancia, pues normalmente, tras un día malo, volvías a ser tú enseguida.

—Ve al mar —siempre te decía. Siempre te imaginaba allí. Te reconstituía—. O vete en bici o a escalar. ¿Has hablado con Michel? —te preguntaba con la intención de que fueras a hacer ejercicio con él. Te alegraba.

Empecé a ver la influencia que tenía en ti y te animaba a dejarme hasta que hicieras unas horas del esfuerzo que tanto te recompensaba.

Podías con todo tras el deporte. Podías con cualquiera. Eras un superdotado. Fuerte, ligero, tenaz, inteligente, elegante, luchador, incansable... Fuera de serie.

Me hipnotizaba verte practicar. Me hipnotizaba verte. Y estaba a punto...

Aquel viaje conociste a mi madre y a mi tía. Viniste a por mí a su hotel, y aunque intenté que ellas bajaran antes de que llegaras, creo que el destino quería que nos diéramos de frente. Y así fue. No me importó, mi madre tiene un sexto sentido para ver el fondo de la gente. Acierta el 100% de las veces y al llamarla por la noche me dijo que se notaba que eras muy buena persona. Sonreí al teléfono. Era la primera vez que mi madre daba el visto bueno real a un chico que me gustara. Y aunque había mil cosas que no le gustaban de nuestras circunstancias, principalmente la distancia, no sería la primera vez que alguien muy querido se despidiese para irse a esas islas. Mi padre lo llamaba en broma «el Embrujo Canario», pues mis dos tíos (hermanos de mi madre) dejaron Zaragoza por Las Palmas hace más de 40 años.

—Se nota que es muy buena persona hija mía, pero hay muchas más cosas —dijo—. Allí no tienes trabajo y tú eres de ciudad. Ni siquiera estaríais en Las Palmas... No sé si te acostumbrarías. La vida es muy diferente.

Me decía muchas cosas. Tenía mucha razón en casi todas. Pero al vernos, creo que se dio cuenta de lo que sentíamos al estar juntos. Y supongo que pensó «ay madre, que mi hija se me viene a las Canarias».

Recuerdo como me agarrabas de la cintura cuando en la puerta del Santa Catalina les preguntabas por sus maridos y porque no habían podido venir. Eras tan educado, tan calmado, tan guapo. Mi tía te miraba con esa cara que pone mientras piensa «¡¡que tío!!», se quedó prendada.

Yo ya lo estaba pero al mirarte pensé cuanto me gustaba que no fueras ningún crío. Eras adulto, serio, eras papá, tenías tu empresa, responsabilidad y se notaba.

Les vimos varias veces. Y mi tía siempre nos invitaba a comer cuando tú vinieras a Zaragoza. Siempre lo recordabas.

Debió ser finde familiar pues yo también conocí a una tía tuya cuando fuimos a buscar las llaves de casa de tus padres de Santa Lucía.

Yo iba vestida para el bautizo de mi sobrina segunda, con un vestido y unos zapatos bastante arreglados y tú para escalar, con esos pantalones azulones con bolsillos negros y camiseta amarilla. Debió pensar que no estábamos muy coordinados pero no dijo nada. Sólo me sonrió tras los dos besos y nos dio las llaves.

Recuerdo el camino a Santa Lucía. Por mis montañas verdes. Las miraba asombrada, sabía que estaba en Canarias pero así me imaginaba Hawaii. Tú te partías de risa pero lo decía muy en serio. Sólo me faltaba alguna cascada pero el resto lo imagino igual.

—¿Acaso has estado en Hawaii? —Te decía yo—. ¡Es así seguro!

—¡Ni tú tampoco! —contestabas partido de risa.

Pasé un poco de miedo en aquellas carreteras tan estrechas de un solo carril y sin arceles. Pero tú me dabas tanta seguridad que me callé y el paisaje lo valía. Montañas recortadas llenas de palmeras y cactus, dos de mis árboles/plantas favoritos y sobre

todo esas variantes. Las palmeras altas, esbeltas y pobladas con ese verde intenso precioso y las tuneras con sus frutos, los tunos, esos que tú mezclabas con coco y plátano en los batidos de tu hamburguesería favorita de Las Palmas.

—Mi padre cogía los tunos con las manos —decías orgulloso— pero ten cuidado, pinchan un montón.

—¿No sabes que yo soy «cactus»? —te dije— de las súpernenas.

No sabías quienes eran, y te conté que a las chicas y a mí nos llamaban así. Son dibujos de niños y «cactus» es la que tiene el súperpoder de la lucha y vuela.

—Sí que te gusta pelear —dijiste chinchándome—. Y sin duda eres valiente y luchadora —añadiste serio.

Las tuneras dieron paso a un camino con muritos blancos encalados con rocas naturales tras los que se adivinaban casitas de piedra oscura y madera con esos balcones hacia la calle típicos Canarios.

Siempre tengo que asimilar las cosas que voy conociendo con otras conocidas o típicas en mi cabeza, y aquellos balcones, aunque realmente son de influencia andaluza y portuguesa, yo los asociaba a Sudamérica, a Colombia sobre todo. Ni idea de porqué. Nunca había estado allí, ni en el pacífico pero así lo imaginaba todo.

—Vaya suerte tienes. Estar en Hawaii, Colombia y Canarias en un solo viaje.

Nos reíamos mucho.

Y es que entonces me parecía una mezcla de lugares con algo muy característico que era el color del mar. Tan oscuro. No sabía si me encantaba o me parecía inquietante. Ahora sé que lo adoro. Lo echo muchísimo de menos.

La casa de Santa Lucía la hiciste con tu padre. La familia colaborando. Todos con vuestras manos. Me contabas como ibais a buscar piedras laja para hacer los muros y como él trabajaba la madera y el metal que estaba presente en toda la casa. Era preciosa. Rústica y con un encanto indescriptible. Por todas las ventanas se apreciaba una densa vegetación que se mezclaba con la luz y la paz de aquel lugar en medio de las montañas «hawaianas» en mitad de un palmeral.

—Me encantan esas plantas —decía emocionada— son de mis favoritas.

—Son típicas Canarias —respondías sonriente.

Eran «aves del paraíso». Las más grandes que había visto. Con ese naranja intenso contrastado con las hojas de las plataneras que caían haciendo la base a las gigantes palmeras.

Tras ellas, al fondo una piscina encalada blanca que hacía que el agua se viera de un azul clarito casi transparente. Como un sueño. De hecho soñamos hacer allí tantas cosas. Yo creí que pasaríamos allí la nochevieja. Planeamos quedarnos con Michel, con los niños, imaginamos cenas bajo las estrellas, me dijiste que tenía que traer la guitarra y a las nenas, que cocinarías langostinos al *whisky*... como siempre mil proyectos, y aunque finalmente sólo fue aquel día, fue magnífico.

Después me contaste que tus padres compraron el terreno para cuando fueran mayores. Se imaginaban allí jubilados y con vosotros visitándoles con sus nietos los



fines de semana. Noté mucha tristeza en tu mirada cuando dijiste:

—Ya no podrá ser.

Te dolía en el alma. Te dolía el alma cuando hablabas de tu padre sobre todo. Estaba en una residencia asistida. Aunque gracias a Dios tenía con él a su hermana y estaban casi siempre juntos. Pero cada vez que le ibas a ver volvías triste. Muy triste.

Creo que él lo estaba también. No sé si me atrevería a decir deprimido, creo que sí. Siempre me decías que lo encontrabas solo en un banco del parque de debajo de la residencia.

—Tanto trabajo, tanto esfuerzo y sacrificio para acabar así. Solo —te decía—. Martín aprovecha la vida.

Te rompía el corazón. Y también rompió el mío cuando me lo presentaste antes de irnos a Fuerteventura para las vacaciones.

Estaba sentado en el banco que describías, en un camino lleno de flores y árboles. Precioso.

Él estaba solo, mirando al suelo, sin mover ni un músculo ni decir una palabra... Hacía sol, muy buena temperatura, el paisaje era bonito, pero él estaba triste, sus ojos estaban tristes, se estaba apagando poco a poco. Él lo sabía, tú lo sabías. Cualquiera lo veía y era triste.

Yo siempre te decía que por eso debías estar contento y luchar por disfrutar de la vida. Tú no estabas solo, yo te quería más que a nada, tenías todo por delante, mil posibilidades. Hijos como «elegidos» por catálogo, una empresa que bien o mal, cada fin de mes te daba lo suficiente como para poder disfrutar de saber que cuidabas a los tuyos, que podías hacer los deportes que más te gustaban y nos permitía vernos cada poco tiempo en viajes que creaban miles de nuevos recuerdos. Eras afortunado. Pero algo en ti te enfocaba a ver lo malo.

Lograba convencerte a veces y entonces me decías que era «magia», que tenía tanta fuerza, tanta luz... tú también obrabas milagros en mí.

Pero otras no lo conseguía, no llegaba a hacértelo ver. No conseguía levantarte y te encerrabas en tú pensamiento y te sentías solo y culpable a la vez.

—Es tanta soledad Valentina. Y tú estás tan lejos.

—Venga no pienses en eso amor. ¿Vas a ir a escalar?

El deporte te daba la vida. Había un giro radical si hablábamos antes o después de que lo hicieras.

Cuanto me gustaba verte disfrutar de él, sobre todo en la naturaleza.

Siempre me viene a la cabeza Sorrueda. Cuánto te gustaba. Es una zona rocosa preciosa bañada por un arroyo con ranas cantando y el más absoluto silencio. Aquella vez no vimos a nadie, no nos cruzamos con nadie en 6 horas. Tú así eras feliz. Y yo si estabas tú, también.

Nunca había llevado tanto tiempo zapatillas de montaña como contigo. Nunca había salido de casa sin rímel en las pestañas, ni había imaginado que el baño sería un apartado en el río hecho por plantas y cañas, y sin embargo nunca había estado tan

feliz. Nunca me había sentido más guapa.

Tú estabas contento. Me cogías de la mano y me enseñabas cada rincón como si fueran tesoros. ¡Y lo eran! Hacían magia contigo y conmigo. Creo que tenías que haber vivido allí en medio, o en la playa, con tu equipo de escalada, tus velas y tablas, tu kite y tu bici.

Te veía viviendo en aquel guarda tablas de lata de la playa de Vargas. Tu playa. Y lo más increíble es que me veía en aquella explanada donde tensabas la vela, desayunando contigo como si fuera nuestra terraza.

Era un sitio precioso. Lo es. Soplaban el viento siempre muy fuerte y la playa estaba formada sólo por enormes piedras negras. Había bunkers hechos con las mismas piedras para proteger a los visitantes del aire y allí te esperé con tus niños aquel día que fuimos a verte navegar.

Tú llevabas una esterilla de yoga acolchada. La pusiste sujeta con varias piedras y varias toallas, nos dejaste agua y las llaves del coche, nos diste un beso a cada uno y entraste con tu vela en el agua.

El viento soplaban fortísimo. Era increíble ver la velocidad y los saltos que dabas. Pura adrenalina. La necesitabas.

Ellos gritaban.

—¡¡Es nuestro papá!! Míralo es papá —decía tu pequeñín cogiendo a su hermana lleno de emoción al ver como saltabas con la tabla.

Era espectacular, desde luego. Hacías que pareciera fácil. Que orgullosa estaba.

Yo siempre te decía que tenías que montarte algo relacionado con el deporte. Eras un genio. Un superdotado.

—Qué va loco, soy muy normal —respondías convencido cuando alguien te alababa en ese o cualquier sentido.

Te pasabas de humilde, quizá te valorabas poco. Eras demasiado perfeccionista y lo que no era una matrícula de honor, te parecía insuficiente.

La vida debía ser de una manera en tu cabeza, te la habías imaginado de una forma y las cosas fueron diferentes. Y aunque muchas veces disfrutabas más que nadie, ese pensamiento volvía a ti recurrentemente.

Creo que conmigo lo controlabas mejor. Sobre todo si físicamente estábamos juntos, si podías cogerme de la mano, pero ahora tocaba despedirnos de nuevo...

En el aeropuerto esta vez lloraba más yo. Sabía que cada día me querías más pero notaba que a ti te estabas queriendo menos. Y si algo sé, es que uno debe querer para poder ser feliz y querer bien a los demás. Me fui muy preocupada.

Todo el tiempo después intentaba averiguar cómo te sentías. A días te notaba súper feliz, pletórico con mil planes en mente y otros tus vacíos volvían y tus mensajes se acortaban.

Empezó a ser habitual. Yo me decía que no pasaba nada, que las relaciones tenían

etapas y ya estábamos en velocidad de crucero. Habíamos pasado la emoción del despegue y las cosas iban mucho mejor que bien. Nos queríamos con locura y ambos lo sabíamos.

Teníamos pendientes nuestros planes... Nueva York, Argentina, Baleares, Londres, París, Roma, India... no había destino al que no fuéramos a ir, aunque en realidad, y hasta vacaciones, sólo iríamos de aquí a allí y de allí a aquí. Pero nos gustaba soñar.

Por soñar hasta soñamos con ser papás. Un día colgué una foto de una niña rubia con una guitarra y tú me dijiste que hasta eso te gustaría hacer conmigo, sobre todo querías que yo fuera mamá.

—No deberías perderte esa experiencia. Es lo más increíble del mundo. La primera vez que dicen «papá» es indescriptible. Grande. Es mucho.

Recordé aquel mensaje que te mandé desde mi playa con la foto del Castillo de Tamarit al fondo y tú me dijiste «allí nos casaremos».

Hubiera sido increíble, boda y niña preciosa. Tú eras un padre modelo y yo te adoraba, me pareció un plan perfecto.

Pero hablando de papás, un día me llamaste porque había habido un problema en la residencia y tenías que ir a buscar al tuyo para llevarlo a casa contigo, no sabías cuanto tiempo.

Recordé aquella vez que estuvo malito y me llamaste muy tarde. Estábamos bastante al principio de la relación pero al verte tan preocupado te dije que por favor me llamas tras salir del médico.

Lo hiciste. Yo estaba dormida. Eran las 2, la 1 en Canarias, y aunque me caía de sueño, te escuché atentamente y te animé. Hablamos un buen rato, si no me hubieras llamado, creo que nunca hubieras expresado todo aquello que nos contamos, y tras casi una hora de confesiones, al despedirnos me diste mil gracias y refiriéndote a tu padre dijiste:

—Le quiero mucho —y tras una pausa repetiste—. Le quiero mucho. A él y ¿sabes? A ti también te quiero mucho, ¿vale?

Hubo un segundo de silencio más del habitual.

—Yo también a ti —te dije bajito, casi sin creer que lo hubiera dicho.

Fue la primera vez que lo dijimos. Fue la primera vez que lo sentí así.

Eso fue meses atrás. Tú padre no estaba bien y ahora te lo tenías que llevar a casa.

Por un lado creo que te hacía bien tenerlo allí, así no te sentirías tan solo, pero por otro creo que tenía principio de demencia senil y un carácter demasiado fuerte que os hacía chocar a veces.

Tu casa fue la suya. Fue la familiar. E imagino que como a ti, cualquier rincón podía traerle mil sentimientos a la mente. Fue una etapa difícil. Yo quería estar contigo pero no podías dejar a tu padre, y yo no podía ir si estaba él, así que sólo podíamos apoyarnos a distancia... ahora sé que no fue suficiente.

Fue muy duro para todos. Notaba como te hundías con él y pensé que quizá

ambos estaríais mejor separados. No sé qué había pasado pero la gestión de su vuelta a la residencia debíais hacerla entre los hermanos y estabais atravesando una época en la que no os entendíais bien.

Había tanta nostalgia en tu voz cuando me hablabas de ellos. Imagino que de nuevo imaginabas otra relación, otras circunstancias. Imagino que también ellos. Y que cada uno teníais vuestras razones y motivos, y aunque os queríais muchísimo, algo os distanciaba. Nunca pregunté qué os había pasado, todas las familias tienen sus problemas, en todas, hay cosas que es mejor no hablar. A veces se superan, a veces no. Pero vuestro caso era particular pues, a pesar de todo, vuestra relación era diaria.

Creo que te sentías incomprendido. Quizá lo estuvieras. No hubo culpables. Estoy segura que hasta que me conociste, no te habías abierto del todo a casi nadie. Creo que hubo pensamientos y sentimientos que por primera vez en tu vida me contaste a mí. Me hacía sentir importante. Me hacía sentir mucha ternura hacia ti. Me hacía quererte aún más. Tú decías que era única pero lo era porque tú me hacías serlo.

—Pase lo que pase, jamás lo olvides Valentina, eres una persona única.

«¿Pase lo que pase?», pensaba yo «¿qué podría pasar?».

Fue una temporada regular. Tu estado cambió. Siempre estabas liado y te fuiste encerrando en ti. Tu padre, los niños, el trabajo, la distancia y ánimo hicieron que a pesar de estar totalmente enamorada de ti, por primera vez me planteara si lo nuestro era posible.

Tú me necesitabas allí, pero allí no eras feliz. Y era demasiado pronto.

Entonces lo viste todo negro y poco a poco me alejaste.

Te encerraste en ti y en tu negatividad, y eso te fue hiriendo. Fue una herida abierta que te vació lentamente y yo a pesar de verlo, no supe valorar la gravedad. No supe ayudarte.

Siempre he hablado claro, siempre he querido todo real, todo cierto. No podía ir a medias, no con algo tan puro e intenso, y un día te pregunté directamente:

—¿Martín tiene sentido seguir luchando y sufriendo por esto? Ahora ni siquiera podemos vernos. Y no puedo tirar de este carro yo sola —tras una pausa dije— creo que debemos pensarlo muy en serio.

Tú te quedaste de piedra. Creo que no imaginabas que pudiera plantearte esa opción, pero te diste cuenta de que debíamos estudiarla de verdad.

—Deja pasar este día —dijiste.

—Mejor dejemos pasar varios —dije yo—. Vamos a darnos hasta el jueves y así pensamos.

—Me asusta ver cuánto nos parecemos. Estoy paralizado.

Nos dimos unos días de reflexión. Fueron sólo tres. Pero los viví con horror. La

duda es de las cosas más horribles para mí, y verme, y verte dudando fue un infierno.

Aquel jueves cumplía el plazo que nos dimos. Y ver de nuevo tu nombre en la pantalla de mi móvil me hizo saltar las lágrimas. Hablamos al principio sin decirnos nada pero el tema debía salir, y fue entonces cuando tú dijiste que lo habías pensado, que no me merecía ninguna duda, que no sabías cual era el motivo de tu cambio pero que creías que era mejor dejarlo allí.

No lo esperaba.

Nuestra conversación fue para mí como oxígeno cuando llevas demasiado rato dentro del agua. Por fin respiraba y seguía notando amor en tus palabras.

Pero habías decidido.

Se rompió mi corazón.

Lloré, sufrí, creí que no lo superaría y aunque sabía que te arrepentirías, aunque rezaba cada día para que lo hicieras antes de que lograra superarte, me obligaste a seguir.

Ya no había «Te quiero» en mi móvil. Ya no había puntitos de despedida como cada noche. «... , .. , .». Así acabamos muchas conversaciones. No había «buenos días princesa» ni «como está mi niña hoy». No había más que silencio. Ese que a ti tanto te gustaba y a mí me aterraba.

Me costaba respirar, me costaba levantarme de la cama, me costaba trabajar, salir... pero en esta vida, pase lo que pase, no queda otra que seguir.

Era consciente de que era lo mejor, era consciente de que yo jamás hubiera podido dejarte a ti, así que en el fondo tuve suerte de que lo hicieras tú, pues yo no quería renunciar a mi vida por la tuya, en la que ni tú eras feliz.

Aquí lo tenía todo, una familia que me quería, unos padres a los que adoro y me adoran, amigos, aficiones, trabajo, una casa perfecta para mí, justo donde me gustaba, seguridad, proyectos y planes, mil planes.

Allí no tenía trabajo, tu casa estaba medio rota, en medio de la nada, con problemas por casi todos los flancos y sería la «otra» a ojos de muchos.

Tú lo sabías y yo también.

Era mejor así.

Y seguí.

Poco a poco fui sufriendo menos, intentando pensar menos en ti. Y aunque las noches eran y serán tuyas, me centré en mis cosas y hasta volví a sentir interés por otros hombres.

Al fin y al cabo, tú me habías dejado y una vez yo misma escribí en uno de los *post* favoritos de mi blog que «quien sabe amar tiene la obligación de hacerlo».

Y yo quería amar. Más que nunca ahora que sabía lo profundo que podía ser. Lo más grande y más bonito.

Jamás estuve con nadie, no quería y no podía. Pero al cabo de un tiempo sin noticias, creí que me habías olvidado y decidí que aceptaría aquella cita con «el catalán».

«Hay más peces en el mar» pensé.

Y si antes de que llegaras no podía ni soñar con que existieras, quizá existiera algo con lo que no había ni soñado todavía.

Así que aquella tarde me fui de tiendas. Tenía que comprar algo bonito.

Me sentía fuerte de nuevo. Guapa. Y aquel vestido negro me sentaba de fábula. Sonreí mirándome en el espejo y mientras me lo quitaba para comprarlo, sonó el WhatsApp un par de veces.

«Serán las nenas» pensé «Luego las llamo».

Y al segundo sonó el pitido de Messenger. Ese si era raro. No solía usarlo y despertó mi curiosidad.

En pantalla tenía unos WhatsApp del catalán. Era un auténtico sol. Y más abajo un Messenger tuyo.

Mi corazón dio un vuelco, tuve que sentarme. Empecé a temblar al leer:

—Valentina llevo un tiempo súpertriste y recuerdo lo feliz que era de tu mano...

No se leía más. Sólo se veía el icono con tu foto y supe que jamás me olvidaría de ti.

Algo en mi me recordó que eras el amor de mi vida. Siempre lo serías. Siempre lo serás.

No sé si volveré a amar como lo hice contigo. La última vez que te tuve delante en aquel odioso aeropuerto te aseguré que no al oído, y aunque nunca se sabe, cómo dice mi gente, mi corazón dice que será difícil. Si no imposible.

Me di cuenta de que estaba en ropa interior temblando en un probador. Llevaba un buen rato porque ya iban dos veces que me preguntaba la chica si necesitaba algo.

—No gracias. Estoy decidiendo aún —dije como pude.

Pero sí que necesitaba algo. Aunque sabía que ya había decidido, necesitaba a las nenas.

Así que me vestí y les mandé un pantallazo del móvil con un:

—¿Que os parece? —Escribí como acompañamiento.

—Ay madre —contestó Sam.

Sam es más soñadora. Y sé que te adoraba. Sabía que me diría que lo intentara. Quería que fuera ella la que me respondiera primero.

Marta es mucho más práctica. Más inmediata y si ahora yo tenía otras ilusiones y estaba bien, me recomendaría seguir «palante».

—¿Pero qué quiere? —preguntó Martita.

No lo sabía. Debía abrir el correo y leer el mensaje del todo pero me aterraba...

¿Y si no quería lo que yo creía? Y aunque quisiera lo mismo que yo, ¿podría ser? Nuestros problemas seguían ahí y la solución era demasiado complicada.

Mil preguntas, dudas, miedo, incertidumbre...

—Mi sensación perfecta —me dije irónica a mí misma.

El «pobre» catalán desapareció de mi mente para siempre y sólo de pensar en ti, mi corazón latía de verdad muy fuerte. No en plan poesía, si no en plan:

—Colega a ver si me va a dar un infarto —me dije llevándome la mano al pecho. Me fui corriendo a casa. Literalmente. Estaba acelerada, ansiosa, nerviosa... Necesitaba sentarme en mi espacio y leer su mensaje «tranquila».

Casi no acerté con la llave, tiré el abrigo y el bolso encima de la cama y busqué el cargador como si me fuera la vida en ello.

Seguía completamente enamorada de ti y aunque había decidido que era mejor dejarlo, que me habías hecho un favor, que no teníamos futuro... en el fondo supe que estaba a tu merced. Siempre lo estaría.

En mi sofá, testigo de mi ilusión y desilusión, por fin puse a cargar el móvil como tantas noches hablando contigo y antes de abrir y leer lo que querías decirme, recordé aquellos mensajes y fotos con las que me enamoré.

Había tanta dulzura, tantas ganas de amar, había tanta experiencia y tanta inocencia a la vez. Tanta belleza. Si tu apariencia era apabullante por espectacular, tus palabras hacían que pareciera hasta mentira por maravillosas.

A veces, bromeaba con las nenas diciéndoles si no eran ellas las que escribían y me tomaban el pelo pues no podían coincidir todas mis demandas y más en un sólo hombre.

Tenías todo lo que quería. Eras todo lo siempre había buscado. Eras lo que esperaba. Sabía que llegarías. Y tú me esperabas a mí de igual manera.

Vivimos una película, una historia indescriptible, inexplicable y casi inentendible para el resto. Tuvimos ambos mucho valor y le echamos mucha locura para iniciar una relación en nuestras circunstancias. Pero aun así no pudimos evitarlo y es cierto que lo intentamos, lo intentamos de verdad pero el amor nos pudo.

Por eso estaba tan cabreada.

Por eso sufrí tanto.

Tú que querías dejar una huella, querías que nuestro amor fuera eterno.

—Como las grandes parejas —dijiste.

Tú que cruzarías océanos incluso nadando si al otro lado te esperaba yo, que salvarías precipicios, tú que declarabas que era la mujer de tu vida, cuando las cosas se pusieron cuesta arriba no luchaste nada por lo nuestro. Ni siquiera un poco.

No lo entendía. Me dolió en el alma.

Y ahora que estaba recuperada, que volvía a ilusionarme algo, ahora que tenía planes, que volvía a sentir algo, volvías a decirme.

—¿El qué? —farfullé en alto.

Caí en que no había abierto el mensaje, y tomando aire, realmente asustada, entré en Messenger.

No decías nada. O nada que no supiera.

Sólo que estabas muy triste y que recordabas lo feliz que eras a mi lado. Que habías prometido no escribirme pero que te agarrabas a lo bueno. Decías que soñabas con abandonarte en un abrazo mío y que mil veces pensabas en mí en silencio y me mandabas cosas buenas, y que siempre lo seguirías haciendo.

Eso era todo.

Y yo no entendía nada.

—¿Qué coño significa ese mensaje?, ¿por qué?, ¿para qué lo envía? —preguntaba a las nenas, a mi madre y a mí misma.

Allí sentada estuve un rato pensando ensimismada. Miles de momentos vinieron a mi cabeza, miles de mensajes, miles de conversaciones. En concreto aquella en la que volví a casa tras tomar unos vinos con las nenas y supe que siempre estarías en mi cabeza.

El vino hizo que te lo dijera a ti también. Fue al día siguiente de decirte que no volvieras a escribirme. Creo que alucinaste. Debiste pensar que estaba un poco loca... y lo estaba. Lo estuve. Fue aquella foto escalando, mirando hacia arriba con las manos manchadas de magnesio y los dedos vendados, sin camiseta, encadenando aquella vía con el pelo mojado por el esfuerzo la culpable de mi atrevida conversación. Sabiendo que estabas a 2000 km fui más valiente y descarada de la cuenta... Y una cosa llevó a la otra y me encontré deseando que estuvieras en ese mismo sillón conmigo más que ninguna otra cosa que se me hubiera ofrecido en el mundo.

Desde entonces siempre alababas mi «frescura» y mi espontaneidad. Esa noche nos agotamos de desearnos. Esa frase me la decías mucho. Ya nunca dejamos de hacerlo.

Pero ahora ese Messenger no decía nada. Y estaba contrariada. Irritada. Te hubiera matado.

Así que te contesté lo que sentía. Pasamos la noche divagando. Yo estuve en mi sitio.

—Puedo llamarte —escribiste.

—No Martín, mejor hablamos por aquí.

Tenía miedo que notaras en mi voz mi debilidad por ti.

Tú me habías dejado y ahora no hablabas claro, así que te dije que si me echabas de menos, se te pasaría como se me había pasado a mí. Fue el mayor engaño que había contado.

Te dije que encontrarías a otra mujer, que te querría tanto como te había querido yo. Y que incluso sería mejor para ti. Que sería de allí, más afín a ti y que pronto estarías bien y cerrarías éste y abrirías un nuevo capítulo. Yo lo había hecho.

Parecía la conversación de las mil mentiras.

Sólo quería decirte gritando que te amaba con todo mi corazón, que haría lo que me pidieras y aunque lo deseaba más que nada en el mundo esa noche te dije que no.

—No doy crédito. No sé despedirme de ti. No puedo. No quiero —escribías.

Se me saltaban las lágrimas. Yo tampoco quería, tampoco sabía. Aún no sé.

—Vamos a escribirnos un último mensaje. Pon un corazón y guárdame en él. Siempre estaré allí. Y tú siempre aquí —te contesté.

Lo hicimos y creí morir.



No sabía lo cierto que eso sería.

Pero no acabamos allí.

Eran las 3 de la mañana. Esa noche no dormí.

Al día siguiente estaba ansiosa por hablar con las nenas. Tenía que contarles todo. Contar con su aprobación como refuerzo a mi decisión.

Así que al llegar al despacho les escribí. Confirmamos que había hecho bien, no cabía duda, y aunque realmente triste me tranquilicé.

Pero en mi Messenger, tras la reunión de las 12, aguardaba otro mensaje:

—Te quiero. Te echo de menos. Te necesito...

El texto seguía pero en pantalla sólo se leía esto.

Le hice una foto.

—Joder —decía Sam.

—Val, tesoro, lo que tú veas —escribía Martita en su rol de «entretela» (persona que se adapta y casi todo le parece bien).

Volvimos a engancharnos horas. Creo que esa vez si batimos el récord. Querías volver. Pero a mí ya no me valía. Así que te dije que si tanto me querías, vinieras a vivir conmigo a Zaragoza. Teníamos mi casa y montaríamos algún negocio. Con mis ingresos nos llegaba para ir tirando y se nos ocurriría algo. No tenía nada que perder así que fui valiente. Esa era la única solución.

—No lo entiendes, no eres madre. No puedo dejar a mis hijos —dijiste mientras te dabas cuenta de que lo teníamos difícil de verdad.

Yo no quería que los dejaras, no lo hubiera permitido pero a ambos nos sirvió para comprender que era un relación imposible...

Era aquello del pájaro y el pez. Podían enamorarse pero ¿dónde vivirían?

Fue una noche muy triste.

¿Cómo podíamos querernos tanto y no encontrar una solución para estar juntos?

Era terrible.

Fue a la tercera. A la tercera conversación. Al tercer día. Cuando, como al principio, nos dimos cuenta que nos dolía más estar separados. Como dice esa canción «que sufro más sin tu sufrir» y tras dos días hablando como antaño hasta la madrugada, el tercero tuve el valor de preguntarle qué era lo que de verdad quería.

—Mocosita —dijo ya desarmándome— que ¿qué quiero? Lo tengo muy claro. Darte lo mejor. Tratarlo como te mereces. Disfrutarnos, amarnos y querernos. Superar momentos malos. Disfrutar los buenos. Tenernos sin límites. Hacerte el amor cada vez mejor. Disfrutar viajes y vacaciones. Compartir mis niños contigo y que te disfruten y tú a ellos. Quiero que seas muy feliz. Quiero tanto para ti. Quiero tenerte, poder contar contigo, mimarte, darte lo mejor, cuidarnos, viajarnos y pasar el resto de mi vida de tu mano. Quiero millones de cenas junto a ti. Tenerte cerca mañana, tarde y noche. Te quiero. Te quiero a ti Valentina. Eso es lo que quiero.

Fue el momento más feliz de mi vida.

Estaba acostumbrada a que en materia romántica todo me saliera mal. A parejas infantiles o egoístas o cobardes o todo junto sin ganas de comprometerse con nada ni nadie. Esto era inaudito. Ni aunque yo hubiera podido describir justo lo que quería oír, hubiera sido mejor.

Y me ablandé. Y te perdoné.

Era imposible no hacerlo con ese corazón.

Esa noche tampoco dormimos.

Yo no estaba acostumbrada a eso y tú no estabas acostumbrado a que de verdad empezara todo de cero.

No había reproches, ni rencores. De verdad borramos lo poco malo que hubo en el camino y empezamos de nuevo aún más enamorados.

Me explicaste porque me alejaste y lo entendí. Empecé a entenderte muy bien. Lo perdoné y seguimos hacia delante juntos.

Me contaste que estuviste muy triste. Yo creí entonces que las circunstancias lo habían provocado y que ahora que tu padre había vuelto a la residencia, que la empresa se enderezaba poco a poco y que habías tenido tiempo de pensar, todo volvía a su cauce.

Recuperamos nuestra relación y la ilusión de nuevo nos inundó.

Durante meses, todo fue aún más idílico. Los mejores sin duda que había vivido.

La primera vez que nos vimos tras nuestra vuelta... Uf, no sé ni describirlo. Soy la persona más puntual del mundo, de hecho casi siempre llegó hasta 30 minutos antes a cualquier sitio y aquel día iba ¡tarde! Por primera vez. Y es que me temblaban las piernas, las manos, la voz, no sabía ni lo que hacía. Estaba torpe, patosa, lenta, repetía todo 3 veces. «¿He cerrado?, ¿llevo las llaves del coche?, ¿me he puesto colonia? ¿Cómo estoy?». No creo que sea posible estar más nerviosa.

Tú siempre me decías que era una tontería, que los nervios no valían para nada y yo te contestaba que eran nervios buenos. Y lo eran.

Son esos nervios que te dan la fuerza para poder soportar las mariposas-tigre que vuelan a sus anchas en tu estómago, los que te mantienen despierto hasta las 3 y te levantan a las 6 con una sonrisa, porque llegabas en un rato. Los que te ayudan a soportar lo que pueda venir porque te hacen fuerte, invencible, feliz.

Llegué corriendo al ave y la gente ya estaba saliendo al andén. Te busqué como una loca y entre los cientos de personas relucías. No recordaba lo impresionantemente guapo que eras, la clase que emanabas, la paz. Mi paz.

Me paré delante de ti, respiraba sobresaltada sonriendo como loca y tú cogiste mi cara con tus manos, me miraste un segundo y me abrazaste.

—Te amo —dijiste.

Fue el primero de mi vida. Sentí literalmente aquello que te escribía cuando algo precioso ocurría y te dije:

—Mi corazón se desborda.

Ese viaje creo que literalmente no nos soltamos. Y eso que fuimos en tres días a más de 6 pueblos por el Matarraña antes de volver a Zaragoza.

Era como vivir la película más romántica que pudieras imaginar pero real. Hasta nos pasaban cosas como de ficción como cuando cayó de repente un chaparrón enorme en la ruta del Parrizal de Beceite. Nos pilló a mitad sin paraguas ni nada con lo que taparnos así que nos cobijamos bajo unas rocas. La lluvia caía sobre el río color turquesa con esas piedras suaves moldeadas por el agua. Se oían truenos y yo te miraba con los ojos muy abiertos como si fuera parte de una broma que alguien nos había preparado. Parecía un decorado. O como cuando llegamos al hotel de Valderrobres y al besarnos en ese balcón de piedra de nuestra habitación sonó aquella música romántica sin saber de dónde provenía.

Los dos nos dábamos cuenta, que maravilloso.

Y así fue pasando el tiempo. Nuestros encuentros eran sueños y las esperas pesadillas. Se hacían duras de verdad, a veces demasiado. En nuestra última despedida en Zaragoza, tú me dijiste que sabías que ibas en dirección contraria a donde debías estar, a donde querías estar, pero no podías quedarte.

Hasta entonces creía que querer era poder. Empecé a dudar.

Todo iba poniéndose muy serio. Y hablamos y pensábamos mil veces que podríamos hacer.

Yo «barría» para casa pero tú no podías dejar a tus niños.

—Son chiquititos. Me necesitan —siempre decías.

Yo quería que les vieras. Os necesitabais. Yo también quería verles y cuidarles. Eran tan bonitos, pero es cierto que mi opción hubiera hecho que tuvierais menos tiempo. Tenía que encontrar la manera de que pudieras venir a Zaragoza y a la vez pudieras irte de jueves a domingo cada dos semanas.

—Si lo planificamos con tiempo los vuelos salen muy baratos —te decía.

Tú resoplabas como pensando que eso no era viable pero yo insistía.

Ideé mil negocios. El último el «Rocking Zaragoza». ¿Te acuerdas? Era un buen proyecto. Una sala y escuela de escalada para promover los valores del deporte.

Tenía un plan detallado para llevar a colegios y empresas también. Además era un centro de reunión de montañeros muy cerca del pirineo al que iríamos con excursiones organizadas cuando tú estuvieras los fines de semana. Hubiéramos sido felices. Tú hubieras llevado la dirección de la empresa, en un despacho en aquella nave que acondicionaríamos en Plaza y habrías ejercido de fotógrafo. Tenía los presupuestos de acondicionamiento, había ido a las salas de la zona, tenía a los proveedores, las tarifas hasta los horarios desglosados. Habría habido 3 monitores y tú también hubieras tenido una clase. Seguramente la de iniciación. Eras la persona más paciente que había conocido. Si conseguiste que yo llegara al tope en el Indoorwall de Las Palmas podías conseguir que lo hiciera cualquiera. Aunque eso fue cosa de tu niña también.

Ella por la derecha y tú por la izquierda me dabais instrucciones.

—Valentina no hay que mirar abajo, sólo a mí —dijo con ese acento dulce y esa voz aún más dulce de niña pequeñita. Su hermano nos miraba y animaba también desde abajo.

Me los quería comer. Creo que por ella seguí intentándolo y a la cuarta o quinta vez, cuando ya empezaba a decir otra vez que me iba a tirar estando casi arriba, corríste por las presas hasta que me alcanzaste y te pegaste a mi espalda como si fueras una mochila.

—¡Venga Val! ¡Ya estás arriba! —gritabas. No me dejaste tirarme—. Mira esa presa, la roja, cógela con la mano derecha y luego sube el pie a esa naranja, ¿la ves?

Tenías tanta paciencia. Llegué hasta la última presa. Lo conseguí gracias a vosotros. Gracias a ti.

Era una vía sencilla e iba «colgada» en «yo-yo» (sujeta por cuerdas), pero para mí fue como coronar el Everest.

Así de orgullosa me sentí. De ti, de tus hijos y de mí. Hacíamos un gran equipo. Tú y yo éramos fuertes juntos. Disfrutábamos y se notaba.

Ellos eran maravillosos, como tú. Lo son. Siempre lo serán. Estoy segura.

La primera vez que les vi estaban dormidos en tu cama. Parecían dos muñecos. Estaban morenitos y ambos tenían ese pelo rizado salvaje con las puntitas quemadas por el sol absolutamente precioso. Me llevé las manos a la boca para no hacer demasiado ruido por la ternura que me despertaban y la expresión de tus ojos describía el amor de verdad. Eran pura dulzura. Y el pequeño, tu fotocopia.

Nos miramos y sin hablar nos fuimos a la otra habitación. Cuanto sonreías.

La primera vez que me vieron a mí, tú no estabas. Habías bajado a abrir la empresa y justo se despertaron ambos. Yo estaba con miedo de su reacción porque aunque habíamos hablado, era una extraña para los dos.

Tu niña se me abrazó.

—¡Valentina! —Dijo— intenté esperar ayer pero me quedé dormida.

El «pedugüete» me miraba un poco desorientado y lo cogí en brazos. Empezamos a hablar y ni siquiera caí en llamarte. Subiste en medio de nuestra conversación. Estábamos los tres en la cocina, ellos me habían hecho unos dibujos y yo les llevé unos rotuladores con unos libritos para colorear que estrenamos en ese rato, así que tenían pintura hasta en la nariz. Cuando te vieron sus ojos se iluminaron y noté lo propio con los tuyos cuando viste que encajábamos.

—¡¡¡Paporro!!! —corrieron hacia ti a por un beso y para enseñarte sus obras de arte.

Ese viaje fue de confirmación. Por primera vez, sentada en la «Playa del Cabrón» viéndote con tus niños, sentí que era allí donde debía estar. Que era allí donde quería estar. A tu lado.

Que pedazo de padre eras. Que pedazo de amigo. Que pedazo de novio. Lo tenías todo «jodío», como tú me decías.

Recuerdo cuando fuimos a por barro y nos embadurnamos de arriba a abajo. Que

frío pasamos, estábamos tiritando y yo dije que hubiera sido mejor ir a por un chocolate o un helado.

—Luego vamos —dijiste mientras los niños gritaban— sí, sí, ¡vamos!

Esa tarde fuimos a tu heladería favorita, Guirlache en Triana. Era mi zona preferida de Las Palmas junto con Vegueta. Nos comimos dos helados cada uno. Estaban tan ricos, quedaba confirmado por tus famosos «mmmmmm» al comerlos. Allí nos encontramos con unos amigos y estuvimos con ellos un rato antes de irnos a dar un paseo a la plaza de la catedral y sentarnos al lado de las esculturas de los perros de hierro fundido.

Que precioso lo recuerdo.

Yo siempre te decía:

—Cariño, un ático aquí no me importaría.

Tú te reías.

—Pide poco mi niña.

Más tarde cogiste al pequeño en tus hombros, yo llevaba a tu niña de la mano y tú pasaste tu brazo por mi hombro como siempre.

Jamás me había sentido así. Fuimos muy felices.

Supe lo que habría sido tener una familia, ir a la playa, de escalada, de paseo, de excursión, la ilusión de ir a cenar a un restaurante todos juntos, formar parte de algo, algo sólido y a futuro.

Me di cuenta que aunque mi cabeza me enumerase todas las desventajas del mundo, si dejaba el mío para ir al tuyo, sabía que mi jefe siempre sería el corazón, y como tú me dijiste, te había elegido.

—Yo no soy muy listo. Más bien soy lento y torpe, pero se elegir. Y te he elegido.

Aun así lucharía la opción «maña» para nuestro futuro, aun así esperaría bastante tiempo para volverme loca de remate y coger mis bártulos, pero si las cosas hubieran ido bien, seguro que me habría ido contigo.

Fueron unos días de nuevo inolvidables. Tú tenías razón y me enamoré de tus hijos. Eran preciosos, buenos, educados, dulces, obedientes... y eran chiquititos. Creo que podrían haberme querido muchísimo y yo a ellos.

Me aceptaron en un minuto. Y es que creo que heredaron tu capacidad de ver el fondo de las personas y vieron que yo sólo tenía amor para daros. Es lo único que quería.

Y Llegó de nuevo otra despedida y de nuevo se rompieron nuestros corazones. Esta vez iba a ser la más larga pero luego pasaríamos las vacaciones juntos. No dejábamos de repetirlo, era como un mantra... pero sabíamos que ese mes se haría cuesta arriba. Tenías cosas que cerrar en el trabajo, tenías a los niños... Y en realidad era casi un mes y medio y volviste a preocuparme.

Los peques y el trabajo te desbordaban. Eras demasiado responsable y todo tenía que estar perfectamente controlado, así que no llegabas.

Te castigabas a cada paso, eras demasiado duro contigo mismo, y empezaste a

caer.

Aquel día te llamé por la mañana. Te noté muy decaído. No entendía lo que me decías porque no paraste de llorar. Yo nunca te había visto así, no sabía cómo actuar. Traté de hacerte ver las cosas con perspectiva, no paraba de repetirte que no estabas solo, que estábamos juntos y como tú mil veces me habías dicho éramos un equipo.

No te consolé. Creo que no lo conseguí pero me escribiste el mensaje más bonito que me habías escrito hasta entonces.

—Valentina, te quiero y para mí que estés en este mundo significa todo. Eres lo mejor de lo mejor. Me ayudas a ser mejor persona. Tiras siempre de mí. Me das fuerza y luz. Eres mi fuerza y mi luz.

Hoy llevo eso tatuado en mi muñeca. *Fuerza y luz*.

Pero me asusté en serio. Estabas hundido y me puse a mirar vuelos enseguida. Eran una locura... Ya estábamos en temporada alta y no bajaban de 400 € cada trayecto para estar 24 horas pues no podía dejar compromisos adquiridos. Encontré uno decente para llegar allí un sábado a las 12 más o menos e irme el domingo a las 8 de la mañana pero titubeé y se agotó. Entonces me desesperé. Te vi tan mal que escribí a Michel para que te echara un ojo. Sé que lo hacía, pero quizá no te mostraras tan desesperado cuando estabas con él, y tuve miedo. No quería que estuvieras solo. No quería que sufrieras de esa forma, me dolía muchísimo.

Ese día hablamos cada hora. Gracias a Dios cada vez te encontraba un poquito mejor y me dijiste que te ibas al mar un rato. Me gustó. Siempre fue tu sitio. El mar ejercía en ti el mismo poder que tú en mí. Lo admirabas, te daba perspectiva, te activaba, te calmaba. Era tu paz y tú eras la mía. Y estabas sufriendo.

Volviste mejor. Creo que fue ese el día que me mandaste aquellas preciosas fotos de la espuma rompiendo en la piedra de la orilla que decían «estás aquí conmigo».

Hacía viento, como siempre, y las gotitas se desperdigaban y reflejaban el sol poniéndose. Que fotos hacías. De concurso.

Nunca te dije que estuve a punto de apuntarte a uno. Era el de nuevos talentos de fotografía de FNAC y yo tenía tus fotos más bonitas y tus datos. Creo que me arrepiento de no haberlo hecho al fin y me arrepiento de no haber volado ese fin de semana aunque hubiera costado un millón de euros.

Me doy cuenta de que es completamente cierto de que uno se arrepiente mucho más de lo que no hace, pues te deja la incertidumbre y dudar, no saber, es de las cosas que peor llevo en esta vida.

Las semanas siguientes estuve muy pendiente. Tenías días buenos, días regulares y sobre todo días malos. Los fantásticos se perdieron en el horizonte pasado pero cada día que pasaba era uno menos para vernos y estaba segura de que juntos y de vacaciones te recuperarías.

Ya no escribías mensajes muy largos, pero los que enviabas iban directos al corazón. Ahora entiendo muchas cosas que entonces no podía comprender. Hubo mensajes como para un futuro separados, que no entendía. Ahora comprendo que

quizá ya estaba en tus planes irte antes de lo que te tocaba. Que generoso fuiste.

Fue una etapa dura. Nuestro amor estaba intacto pero no tu ánimo.

En realidad tú estabas deshecho y tratabas de esconderlo pero tus ojos, tu voz me lo decían. Jamás pensé en el desenlace que llegaría pero me preocupabas. Así que me enfadé un día mucho, no me hacías caso y tuve que ponerme seria con el tema del médico. Te dije que o volvías o no me verías más. Le llamaste y durante esa semana noté mejoría. Estaba de nuevo feliz, volvías, te sentía y en una semana nos íbamos de vacaciones. Contábamos las horas. Y por fin llegó el día.

De nuevo estaba nerviosísima. Creo que hice y deshice la maleta como mínimo cuatro veces. Sonrío al pensarlo.

Serían semanas juntos y contigo tenía que llevar ropa de playa, de ciudad, de montaña y de salir a cenar para cada día. Eran muchos modelos y en mi mínima maleta no cabían.

Te reías.

—Princesa vas a estar más guapa que nunca en ese islote —me tranquilizabas.

Que melancolía.

¡Y que frío! En Zaragoza había 40.ºc y allí estábamos a 22... Durante el invierno era genial pero hice mal la maleta para el verano. No conté con el viento y la diferencia de grados así que de nuevo me rescataste con tu polar negro que ya era casi mío. Aquel de rayas tuyo era mi favorito. Con ese ribete rojo y una ballenita bordada. Te sentaba de cine. Igual que el «chaque» (o traje de neopreno para los no canarios).

Ese finde hiciste mucha vela. Yo estaba encantada porque tomaba el sol mientras y cuando levantaba la vista alucinaba literalmente de cómo lo hacías. Tenías 48 «tacos» y parecías un adolescente dando saltos con la tabla con tu vela azul. Como el mar.

Lo pasamos en grande aquella tarde en Vargas. Llegamos y estaban Michel y Patri. Michel gritaba como un loco, el loco francés que decías con cariño que era, al salir del agua porque las piedras se clavaban en las plantas de los pies y a ninguno os gustaba hacer Wind si no era descalzos... Habría habido 40 soluciones pero me hacía gracia que gritarais de esa manera.

Patri y yo nos contamos nuestras cosas mientras os mirábamos. Creo que ambas se nos caía la baba. A mi seguro.

Saliste del agua y no podía quitarte la mirada. Estrenabas «chaque» y ¡Dios mío! ¡¡Como te quedaba!!

Casi no creía que vinieras a mí, que fueras mi chico, pero si lo eras. Eras todo mío. Me levantaste medio cuerpo para apoyarlo sobre tus piernas. ¡¡Estaban heladas!! Y eran tan flaquitas, huesudas... como me gustaban.

Allí estuvimos un buen rato contando anécdotas y hablando de pelis como aquella de las chicas que tienen un accidente en Hawaii y a una se le come el brazo un tiburón y de su lucha por sobrevivir. Nos reímos muchísimo cuando Michel en lugar de decir que era una historia real y que la chica llevaba el muñón en el brazo, relató:

—Pobrecita, ahora va con su moño en el hombro —dijo señalándoselo con ese acento tan particular.

Nos partimos de risa. Nos dolía la tripa de tanto reír.

Estabas tan guapo. Te hice fotos y te reñí porque no mirabas a la cámara. Sólo mirabas al mar muy serio. ¿Te estabas despidiendo?

Enseguida decidimos irnos a dar una vuelta por Las Palmas. Había música en la calle y te medio obligué a llevarme. Michel y Patri acudían y también estaría Tony con otros amigos. Era por la zona de Las Canteras, estaba a tope, era pura alegría. Empezamos a relajarnos, por fin estábamos de nuevo juntos y tu brazo dormía otra vez sobre mi hombro. Cuanto lo echo de menos.

Al llegar no encontrábamos a Tony y casi no oíamos el teléfono cuando le llamaste. Él era italiano pero vivía allí hacía un tiempo.

A cada persona de fuera siempre le preguntaba lo mismo:

—¿Qué tal se vive en Las Palmas?, ¿no echas de menos tu ciudad?

Tu excuñado, Tony, Michel, todos decían lo mismo...

—Esto es una maravilla. Es otra cosa.

Tú sonreías y me mirabas como confirmando que pensabas que debía venir yo.

Incluso en Vargas aquella tarde hablando con Mario, cuando nos contaba que se iba a Alemania y yo le dije la envidia me daba, aprovechaste para decirme.

—Pues mi niña ya sabes que yo quiero que te vengas para Las Palmas.

Aquella noche bailamos y luego paseamos un buen rato. Fuimos por el auditorio de la mano.

A veces te miraba embobada, a veces preocupada, a veces me tiraba a tu cuello como loca y tú te reías, o te mordía esos brazos que podría de verdad haberme comido.

Como me gustaba tu risa. Era mi sonido. Dejaría de escuchar todo por volverla a oír. Qué bonita era. Siempre pura.

Aquellos días antes de irnos a Fuerteventura casi batimos un record. Hicimos el amor más que nunca. Nos reíamos de la fama de otros amigos y pensábamos:

—Si nos vieran, hasta ellos nos dirían vale ya ¡pesaos!

Recuerdo cada caricia, cada beso. Recuerdo aquel baño y como nos lavamos el pelo y nos hacíamos caricias con jabón en las manos poniéndolo todo perdido sin importarnos.

—Ah que días mágicos —me dijo Michel al recordarlos hace poco.

Cuánta razón. Lo nuestro fue magia. Pura magia.

Si se me escapan las lágrimas procuro recordar la suerte de haberlo vivido. Pero es duro haber sentido eso, es duro haberse ilusionado de esa manera, haber encontrado el sentido de la vida y perderlo tan temprano.

Aun así repetiría, repetiría cada segundo a tú lado, sin cambiar nada, ni un gesto, ni una palabra, pues actuamos con el corazón en la mano. Jamás albergué otra intención que la que nos manifestamos, que era simple y enormemente amarnos.



Ambos lo sentimos, ambos lo vivimos, ambos lo sabíamos y nos lo dijimos.  
Qué bonito amor.

Aquella noche estábamos emocionados. Cargamos la furgó hasta arriba de cosas. Nos esperaba una casita de cuento rodeada de piedras negras en Lajares. Muy cerca de Corralejo. Tenía unas palmeras súperbonitas y una piscina blanca en la que cuando nos dimos el primer baño te noté algo extraño, algo ausente, pero no le di importancia.

Llevaba un listado con las mil quinientas cosas que quería hacer y conocer en Fuerteventura, como aquel que encontré en tú casa en mi primera visita. Decía cosas para hacer con Valentina.

*Llevar a Valentina a Santa Lucia.*

*Llevar a Valentina a las dunas y al faro de Maspalomas.*

*Bañarme con Valentina en el Jacuzzi...*

Y así hasta 15 o 20 cosas en las que mi nombre aparecía en todas. Yo ya estaba enamorada, pero cada detalle me parecía más y más tierno, más y más encantador.

Esta vez, el listado era mío. Martín y Fuerteventura se llamaba.

—¿Te lo leo? —te dije mientras cargábamos todo en la furgó.

—Vale —dijiste tranquilo.

Decías mucho eso. «Vale». Era una muletilla que usabas siempre. Como tú decías «te dejabas hacer». Eras sencillo. ¡Pero tenías tu carácter! Y lo que yo no sabía es que además tenías una enfermedad. Una realmente grave.

Siempre había creído que la depresión era un agujero negro que te absorbía y todo el tiempo era oscuro y triste. Pero tú no eras así. Jamás lo fuiste conmigo hasta esos últimos días.

Noté que las cosas no iban como debían en el *ferry*, en lugar de disfrutar del viaje, te dormiste sobre mí. Yo no paré de acariciarte el pelo, era feliz pero me había imaginado otra cosa. Me había imaginado viendo juntos una peli o asomados mirando al mar esperando ver la isla a lo lejos o como siempre contándonos mil cosas.

Eran 3 horas de viaje, dormiste 2.50. Sólo cuando ya llegamos te dije de salir a cubierta a ver la isla. Hacía frío y te notaba igual, frío.

—Deja de abrazarme «coñassso» —te dije irónica levantando una ceja.

Entonces me abrazaste muy pensativo pero no le di más vueltas.

Fuerteventura era la isla a la que ibas a veranear si podías dejar el trabajo, a la que iban tus padres y en la que te habías imaginado. La conocías muy bien, te encantaba,

pero no te sentó bien. Creo que sólo el primer día sonreíste a ratos, cuando fuimos a comer a La Lajita. Que rico todo. Me encantaba verte comer bien. Cerrabas los ojos y aspirabas fuerte. Casi no tenías olfato y cuando podías oler las cosas era como un regalo, una sorpresa. Oliste aquel arroz y mi «gofito» escaldado también.

—Mmmmm —decías. Con esa mueca que hacías torciendo la boca y subiendo las cejas.

—Te voy a poner morado con todas las comidas ricas que voy a prepararte —dije. Sonreímos.

Luego fuimos a Cofete. Por un camino que parecía estar cerrado. Tú sabías que se podía pasar.

—En tiempos llamabas a esa casa y pedías permiso.

Así que nos acercamos. No había nadie y dos perros de presa canarios nos obligaron a marcharnos sin el «ok» del propietario.

Entramos igual. Era un camino árido. Llamaba mi atención lo diferente del paisaje de una isla a otra. Gran Canaria era verde sobre todo, con mucha vegetación, y Fuerteventura era todo arena y paisajes desérticos. Sólo los enormes Aloe Vera y alguna palmera decoraban las carreteras.

Al final de esa, llegamos a unos acantilados. Era absolutamente espectacular. Kilómetros de playas desiertas vistas desde muy alto. Hacía un viento increíble pero te dio igual y fuimos bajando por aquel camino de piedras sueltas medio patinando. La vista era espectacular así que me senté a verte haciendo fotos.

—Quizá un día volvamos y durmamos por aquí. Por la noche se ven miles de estrellas. Es precioso —dijiste.

Me pareció increíble que ese sitio fuera casi desconocido.

—Canarias está muy mal gestionado —dijiste.

—Desde luego —dije— aquí pones un restaurante o simplemente un mirador y te forras. Aunque perdería el encanto.

Luego seguimos para el norte de la isla. La radio sonaba intermitente y yo cantaba lo que conocía. Por el camino íbamos parando. Paramos varias veces porque querías enseñarme más rincones. Todos eran paradisiacos sobre todo para los amantes del wind y el kite. Pasamos por un pueblito que se llamaba Mal Nombre, me hizo mucha gracia y pensé que no correspondía con lo bonito de su paisaje, con el agua cristalina, azul claro y esa arena blanca. Increíble.

Te encantaban las Baleares y desde luego son preciosas, pero en Canarias podías estar en Hawaii, Colombia y ahora también en el Caribe te dije.

—Estás loca bicho —dijiste medio sonriendo.

Y así fuimos haciendo paradas. Fuiste recordando mil viajes anteriores. Quizá algún lugar te trajo recuerdos. Quizá fue demasiada melancolía.

Todo te recordaba a aquello que esperaste que hubiera pasado en tú vida y no fue.

Yo me esmeraba en hacerte ver que a veces lo que esperamos que pase y lo que pasa es muy diferente y con suerte puede ser hasta mejor. Pero hay que estar abierto

al cambio. Hay que aceptarlo, asumirlo y disfrutarlo.

Tú mismo me dijiste que nunca habías sentido un amor como el nuestro, que nadie te había querido y cuidado así. Que jamás lo esperaste sentirlo y pasó, y es lo más grande que nadie puede vivir. Me servía como el mejor ejemplo.

Tú asentías, sé que lo entendías y que lo pensabas pero algo te impedía sentirlo en este momento. Ese algo que por dentro te dominaba y a veces te ganaba la batalla.

Viendo la parcela que compraste años atrás te la ganó.

Describías como iba a ser tu casa de vacaciones y te cambiaba la cara.

—Y allí hubiera ido la piscina —dijiste casi sin mirarme.

Estaba en medio de parques naturales. Era impresionante. «África» pensé, pero no te lo dije.

Pude ver la decepción que sentías. Imaginabas a tus niños creciendo allí cada verano. Te imaginabas allí de mayor como habías imaginado a tus padres en Santa Lucía.

Hacía mucho que no ibas y la visita fue como una losa.

Esa noche casi no hablaste. No quisiste cenar, cogiste sólo una manzana y te tumbaste en aquel sofá en la casita de película y dejaste que se te perdiera la mirada.

Yo te animaba pues tenías un cliente que quería la comprar tu terreno y por fin ibas a disponer de todo lo que te costaba al mes para tus caprichos.

Intentaba que visualizaras algún viaje. Ya teníamos los dos siguientes preparados pero quería hacerte ver las ventajas.

No las veías. Dejaste de ver. Empezaste a encerrarte. Te perdía.

En la cama te tapaste con los dos edredones que había. No hacía frío pero tú lo tenías. Te despertabas sudando mucho, me besabas y saltabas de la cama a por una fruta.

—Hoy toca el Barranco de Los Encantados —dije al día siguiente mientras te enseñaba la foto.

Eran unas formaciones de arena ondulantes que se convertían en pasadizos como si estuvieras en el cuento de las mil y una noches.

—También lo llaman el de los enamorados y está aquí al lado —te dije sonriendo.

—Vale —dijiste sin mayor interés. Sólo vale.

Seguimos todas las indicaciones, y aunque estábamos en el lugar correcto no encontramos el sitio de la foto. Nunca lo encontramos.

Igualmente era precioso, el suelo estaba cubierto de conchas y fósiles marinos pues un día esa zona elevada estuvo bajo el agua.

—Mira, eso se llaman sacabocados. Si vas descalzo por el agua y los pisas literalmente te dejas un trozo de pie, como si te dieran un bocado —y arqueaste las cejas, como pensando «son una putada».

Eso fue lo que único que dijiste en todo el día sin que yo te preguntara.

Caminamos y caminamos por aquella montaña, pensé que te haría bien cansarte físicamente. Traté de hablarte de mil temas, serios, tontos, hacía bromas... pero no

conseguía traerte de vuelta. No sé dónde estaba tu cabeza, ni tu corazón pero no estaban allí conmigo, no eras tú.

Al día siguiente tras desayunar, llamaste a los niños. Siempre salías y oía el ruido de las piedras mientras paseabas. Hablabas muy bajito, no era capaz de escuchar ni murmullos pero te sentía ahí. Esa mañana no. Tardaste mucho rato en volver. Recogí el desayuno, me duché, hice la cama, me vestí... y me asomé, no te veía. Así que empecé a jugar con el móvil y casi sin darme cuenta te vi sentado en el sofá.

—¿Qué tal amor? ¿Qué te han contado?

No respondiste, mirabas al suelo pero atravesándolo. La cabeza baja. Los hombros caídos. El ánimo perdido. Y me dijiste que te ibas a acostar.

Me tumbé a tu lado. No hablamos en un buen rato, creo que hasta nos dormimos y al despertar te miré. Tenías los ojos abiertos pero estaban vacíos y me dijiste:

—Valentina estoy mal.

Yo ya lo sabía.

—¿Cómo puedo ayudarte Martín?, ¿qué puedo hacer?, ¿qué sientes?

Sobre todo repetías lo que le habías hecho a tus hijos. Se te cortaba la voz.

Yo insistía en que no les habías hecho nada.

—Cariño, los niños se adaptaban. Sólo quieren verte feliz. Y que les quieras y atiendas. Que cuando estés con ellos os disfrutéis, riáis, juguéis. No les has hecho nada malo.

Tú cumplías las premisas finales pero me di cuenta de que hacía un tiempo que no eras feliz. Tenías momentos felices pero te sentías desgraciado. Me desgarró el alma.

No entendía como no veías cuanto de bueno tenías. Por dentro, por fuera, alrededor. Cuanta gente te adoraba, cuanta te admiraba, cuanta te quería.

—Eres tan buena Val —me decías con pena— ¿cómo te has fijado en mí? No sé qué haces conmigo. No te mereces esto. Quizá debería haberlo parado.

Me eché a llorar.

Yo no sabía que estabas tan malito y actué como creí que debía hacerlo con lo que entonces sabía y sentía. Y sentía que te amaba así que te lo dije.

—Martín te quiero, eres mi chico, y sé que esto es muy difícil pero sé que quiero que estés en mi vida. Tú eres mi vida. Y con tiempo encontraremos la manera de organizarnos para estar juntos. Pero tienes que ofrecerme más. No puedo ser feliz contigo si tú no lo eres. No puedo modificar mi vida si tú no tienes claro lo que quieres en la tuya. Tienes que querer ser feliz. Tienes que tener esa ilusión. Lo tienes todo, pero tienes que verlo y quererlo.

Tras una pausa como aquella vez que volvimos te pregunté:

—Martín, ¿tú que quieres?

—Ahora no sé lo que quiero —dijiste.

No era la respuesta que esperaba.

No aprecié entonces el horrible esfuerzo que debía suponerte hacer cualquier cosa.

Ir de excursiones, ver tiendas, salir de paseo, tomar esos helados, hasta levantarte de la cama. Pero lo hiciste, me llevaste a sitios y playas preciosas. Estábamos casi solos, era un paraíso, pero tú no disfrutabas.

—Hoy pongo yo mis piernas sobre ti —me dijiste bajito aquella tarde apoyando la cabeza en mi hombro viendo como cargaban los *ferry* que iban para la Isla de Lobos.

No te apeteció ir, así que tomamos algo y paseamos hasta aquel último banco. Yo cogí tu cabeza y te besé en la frente y tú me diste las gracias. Pensé que aquello no iba bien pero no sabía qué hacer.

Y así pasaron los días. Si hacías deporte te encontrabas mejor, volvías por un rato, pero pronto te volvías a ir.

Aquella mañana te levantaste y ni siquiera hablaste. Por primera vez no hubo buenos días, ni beso, ni abrazo. No me ofreciste el trocito de fruta que me dabas de la necesitabas comer nada más despertarte y te fuiste un rato largo sin decir nada.

Me senté sola en la cama, triste. Ni siquiera podía hablarme a mí misma. Esta vez era yo la que miraba a ningún sitio, la que estaba vacía.

Luego volviste y de nuevo te abandonaste en el sofá.

No pude más.

—Martín no puedes seguir así. No podemos estar así. Deberíamos estar felices dando saltos de alegría y sólo tengo ganas de llorar yo también. Creo que lo mejor sería volver a Las Palmas e ir al médico.

Yo te acompañaría al médico pero después me iría. Necesitaba al menos unos días en un entorno alegre. Mis sobrinos estaban en la playa con mis padres deseando que estuviera con ellos y yo me encontré lejos de casa, sola con un desconocido y sintiéndome fatal. Eras como un zombi. No hablabas, no comías, no disfrutabas y al final del día me encontraba llorando por tus circunstancias y por las mías. Yo estaba en mi mejor momento. Estaba tan ilusionada. Habíamos planeado esto con tantas ganas y empecé a no estar feliz. No estaba contenta.

Esos días traté de hacerte reaccionar.

—Mi amor la vida es muy corta. En 10 años tendrás casi 60 y si sigues así yo no podré acompañarte —te dije llorando—. Tienes que reaccionar. La vida se escapa volando. Yo podría pensar en venir, puedo venir, pero tienes que ofrecerme más. No puedo hacerlo así.

Me da vergüenza hasta escribirlo. Que egoísta me siento. Te dije que si no cambiabas acabarías como tu padre. Solo y arrepentido por no haber actuado de otra manera, por no haber aprovechado más. Por haberme dejado ir.

—No seas tan dura —dijiste— aunque es verdad que necesito oírlo —corregiste al momento.

Lo siento tanto mi amor. Perdóname.

En ese momento llamó mi madre y al segundo me notó que algo no iba bien. Me fui para hablar con ella y con mi hermana. Les conté lo que pasaba casi sin creérmelo. No sabía qué hacer, como actuar. No sabía si debía quedarme o volver.

—¿Tú quieres a este tío? —preguntó mi hermana.

—Pues claro que le quiero. Más que a nada en el mundo.

—Entonces quédate y llévale al médico.

Al volver, tú ya habías decidido por mí. Me dijiste que me fuera.

—Vale más que te vayas —dijiste mirando al infinito.

Te veía pero allí ya no estabas.

Dijiste que necesitabas pensar, que irías a Lanzarote a ver a tus niños y pondrías un colchón en la furgoneta para dormir con ellos allí.

Yo me negué, no pensaba irme. Iba a pedir hora y acompañarte al médico así que llamé a los 5 o 6 que encontré en internet en aquella página.

Increíble pero todos estaban de vacaciones sin ningún sustituto, sin ningún otro número, sin nadie de guardia. Me pareció indignante. No era una torcedura de tobillo, era una depresión que estaba arrasando tu vida y empezaba a hacer lo propio con la mía. Pero tú te agarraste a ello, dejaste delante de mí un mensaje a la doctora que te había tratado y a pesar de mis negativas, no sé cómo, al final conseguiste que cogiera otro vuelo.

Lo compré con el móvil. No lo podía creer, llevábamos tanto planeando ese momento y me echabas de tu vida otra vez.

No lo entendía, yo te amaba y sabía que tú también lo hacías. Te supliqué que lo pensaras, te rogué mil veces pero tú ya no sentías.

No podías. Era imposible que viendo como estaba, desecha, llorando y sollozando tumbada en la cama, porque hasta me mareaba, no sintieras nada. No dijeras nada. No me abrazaras con toda tu alma y me dijeras que todo iba a ir bien, que era una mala racha.

Sólo te sentaste a mi lado. Ni siquiera asomó una lágrima en tu cara. Sólo pusiste una mano en mi muslo y movías tu pulgar, diciéndome:

—Es lo mejor Valentina. Así debe ser —mientras asentías con la cabeza.

Yo me incorporé y secándome las lágrimas me puse todo lo serio que pude:

—Si de verdad quieres que me vaya, me voy, pero ya no volveremos a vernos nunca más.

Era mi último cartucho.

Pensaste un momento y dijiste:

—No estoy de acuerdo pero si así lo quieres, lo respetaré.

No podía creerlo.

Quería morirme.

—Déjame sola por favor —te dije.

Y te fuiste.

Te vi sentado en la «furgoneta» por el ventanuco del baño. Era casi nueva. La

compraste pensando en estos días. Era una pasada, preciosa y enorme para que cupieran todos los artilugios para nuestras idílicas vacaciones. Habíamos hablado tanto de ellas, eran nuestro objetivo, nuestra ilusión.

Y allí estaba yo, haciendo anticipadamente mi maleta de vuelta. Era de 18 agosto. Y desde entonces aún no he dejado de llorar.

¿Dónde estabas? ¿Quién eras? ¿Dónde estaba mi chico? Aquel que declaraba su amor y felicidad, aquel que bromeaba poniendo acento peninsular cuando imitaba a alguien que quería dejar de «tolete» (bobo) como cuando dejamos el coche en El Corte Inglés para devorar esas hamburguesas sin queso, por supuesto, con doble ración de zumo de cactus convencidos de que cerraban a las 22 y no a las 21.30 cuando el guardia nos dio el alto en la entrada a menos cuarto. Donde estaba el que se comió una trenza de hojaldre entera en aquella terraza heladora de Alquézar, el que me despertaba con mil besos a mitad de noche, el que me miraba y suspiraba con los ojos llenos de felicidad resoplando radiante por los cuatro costados.

Quería que volvieras pero ya te habías ido.

Creo que te fuiste mucho antes de irte de verdad.

Ahora sólo recuerdo frases sueltas en el aeropuerto.

—Tú no tienes la culpa de nada. De nadita, ¿oyes? Esto sólo es cosa mía. Recuérdalo.

—Perdóname por favor. No soy malo, pero hago las cosas así de mal.

—Tengo que arreglar demasiado en mí.

—Prepárate para tu próximo amor.

—Cabeza alta y ni una lágrima.

—Siempre estaré en ti. Siempre estaré para ti.

—Nunca he querido ni me han querido así, ahora sé que el mundo es un lugar mejor. Ahora que sé que te tiene a ti.

—Pase lo que pase. Eres única, nunca lo olvides.

—Valentina, te van a pasar cosas extraordinarias en esta vida. Confía en mí.

Lo recuerdo así. Suelto. Sin conexión, ni sentido. En algunas frases no te entendía. En algunas te dije que si estabas loco. Ahora veo lo increíblemente generoso que fuiste.

Fue mucho rato, fueron muchas cosas las que nos dijimos y ni aun así fui capaz de imaginar que podrías ni siquiera llegar pensar en quitarte la vida.

No eras tú, pero yo tampoco era yo. Era una ruina, estaba derrumbada, destruida. No podía pensar, no podía procesar lo que pasaba, sólo lloraba y me abrazaba a ti.

No podía despedirme. No sabía cómo.

Y recordé aquella conversación, en la que tú me dijiste lo mismo. Cuando yo te dije que aquello no era una despedida. Sólo que simplemente no nos veríamos físicamente. Te escribí:

—Me conoces. Sabes exactamente lo que te diría en cada caso cada vez que lo necesites. Y siempre estaré contigo. Estaré en tu corazón. Estaré cuando mires al mar.

Cuando recuerdes cualquier momento vivido conmigo. Estaré en la risa de tus hijos. En el viento entre las olas. Estaré siempre contigo porque ahora formo parte de ti. Como tú de mí. Pon un corazón y recuérdame siempre.

Es curioso como entiendo ahora todo lo que no entendía entonces.

Me dijiste algo parecido en esa terminal. Como odio ese nombre. Terminal.

Me dijiste que te diera un abrazo y que jamás mirara atrás. Me abrazaste tan fuerte que me hiciste daño y aunque lo había prometido, si miré atrás. Te vi marchar. Esta vez sí llorabas, te llevaste el brazo hacia la cara para secar las lágrimas. Llevabas un pantalón negro y aquella camiseta blanca con esas letras enormes que no me gustaban. Quise correr hacia la puerta. Debí hacerlo. No sé por qué no lo hice.

Estaba perdida, desorientada, pero seguí adelante.

Lavándome la cara en un baño antes del control me escribiste:

—Sólo deseo lo mejor para ti —y pusiste el icono del coche rojo varias veces.

—Lo sé. Y yo para ti. Siempre te amaré —contesté.

Aún podría haber corrido al furgón. Quien pudiera retrasar el tiempo.

Me tocó revisión de equipaje y el guardia al ver mi sofocón me dijo:

—Tranquila mi niña. Todo pasa por algo en esta vida. Yo tuve que dejar a mis hijos por este trabajo, les veo poco y es duro pero sé que es lo mejor para ellos.

Yo le contesté que a esta persona ya no la volvería a ver. No sé por qué dije eso. Yo no sabía entonces que sería así de verdad.

Llamé a mis padres desesperada y me vinieron a buscar a Barcelona. Lloré todo el vuelo. Lloré al llegar y al abrazarme a mi madre, lloré cuando mi sobrina me abrazó al despertarse cuando llegamos a las dos de la mañana, lloré todo el día siguiente sobre todo cuando nos escribimos. Fue nuestra última vez.

—Hola. ¿Llegaste bien? —decías.

—Sí, ya estoy con mi familia —contesté.

Estaba triste, decepcionada y enfadada. Y enamorada y desesperada y perdida. Aturdida, confundida, incrédula.

Y después dijiste que te alegrabas. Que estuviera siempre con los míos.

—Cuando hayas tenido la primera sesión con la doctora llámame si quieres —dije yo.

—Lo haré.

—Martín recupérate y VIVE. Cuídate por favor —te dije con el corazón.

—Pondré todo mi empeño —y tras un segundo de reflexión volviste a escribir—. Te necesito bien yo a ti también. Aférrate a todo lo bueno que te rodea. De ti sólo tengo buenas sensaciones, se de alguien bueno de verdad. Sé que estarás ahí apoyándome. Me hace sentirme menos solo. Menos perdido. Me has cogido muchas veces de la mano y has tirado de mí. No derrames ni una sola lágrima más. Quiero imaginarte sonriendo. Como el primer día. Tengo que ser fuerte Valentina. Cambiar cosas e ir a especialistas. Debo recorrer este camino. Tengo de ti un ciclón de amor. Me visualizaré feliz, tengo mucho que recomponer pero una vez superado esto nunca



me iré para ti. Gracias por ser quien eres.

Fue el último mensaje. Era 19 de agosto.

Esa semana fue horrorosa. No quería levantarme de la cama. Creo que mis padres sentían mucha pena por mí. Todo el mundo. Creo que veían lo enamorada que estaba, que estábamos, pero como yo sabían que él tenía una enfermedad.

En ese momento creí que hacer fuerza con el silencio, sería lo mejor para que quisieras tratarte de nuevo.

No tenía ninguna otra baza. Así que me esforcé muchísimo. Y no llamé. No le escribí. No le escribí nada.

Estaba enfermo y no le escribí nada. Lucho por perdonármelo.

El domingo 28 volví a Zaragoza.

Al despedirme de mis sobris, de mi hermana y de mi madre, me sentí muy sola. Aunque estuvieras a 2000 km saber que estabas conmigo me acompañaba. Ese día sentí terrible soledad, me sentí completamente perdida.

Deshice la maleta y me puse el pijama pero al quitarme las pulseras, de las dos de piedras, una se rompió. Era la de piedras rojizas. No le di mucha importancia. Serían casi las 10 y decidí meterme a la cama. Dormí en tu lado.

Al día siguiente a las 8 sonó de nuevo el despertador. Y al a ponerme la pulsera de piedras que quedaba, también se rompió.

Entonces si me pareció raro. Hasta lo escribí a las nenas como si fuera una señal. Algo significa pensé. Es demasiada casualidad. Dilucidamos por un rato que podría simbolizar... Una nueva vida. Romper con lo anterior. No lo sabíamos con exactitud.

Las nenas se portaron fenomenal. Martín sabía lo importantes que eran. «Apóyate en las nenas» vino a mi cabeza como otra frase suelta en aquel aeropuerto. Y así lo hice.

Sus WhatsApp me inundaban. A todas horas. Y los de todos mis amigos. Mi familia. Los pitidos no paraban. Pero faltaban los tuyos. Faltaban mis buenas noches con tu «déjate caer. No pienses en nada». Faltaban tus «buenos días princesa, ¿cómo está mi niña hoy?», tus «te quiero». Faltabas. Faltas.

Todo el mundo me apoyaba un montón y me decía que era lo mejor. Los más sensibles me decían que primero debía ponerse bueno para poder empezar a construir de nuevo y empecé a querer crearlo.

Esa tarde quedé con Ivana.

—Venga a las 7.30 en el Zurita.

Era el primer día que hacía algo fuera de casa. Fue el día que prometí dejar de llorar.

Fue el día que en mi muro de Facebook Patri decía que me tenía que hablar con urgencia.

Fue el día en el que supe que te habías ido.

Supongo que no pudiste más. Tu corazón, como mi pulsera de piedras rojas, debió romperse esa noche, y al no estar en tu puesto al día siguiente, al estar la oficina cerrada, subieron a buscarte y entonces como la pulsera de piedras verde, se partió el corazón y la esperanza de todos los demás.

Había una carta.

Imagino que en la mesa de nuestros desayunos. En aquella en la que me cogías las piernas y las ponías sobre las tuyas estirando de los dedos de los pies hasta que crujían. Aquella donde siempre había fruta y un bote de gofio. Con esos mantelitos de rayas de Ikea que teníamos igual.

Yo gritaba y tú te partías de risa. Cuanta felicidad.

Esa será la imagen que siempre recordaré de aquella mesa.

Pero allí te despedías. Ese fue tu adiós oficial. Ahí, allí nos partías el corazón a demasiadas personas.

A los 10 minutos de enterarme de la noticia Sam llamaba al timbre. No pudimos ni siquiera hablar. No sabíamos que decir. Me abrazó y me tapé la cara desesperada. Luego llegó Ivana y Julián y enseguida mi padre también.

Yo hablaba con Michel a oscuras en mi habitación. No podíamos tampoco decir nada con mucho sentido. Sólo nos oíamos llorar, era su compañero del alma y el amor de mi vida y no habíamos sido capaces de salvarle. Ni siquiera todo el amor del mundo pudo.

Lloramos juntos aquella noche.

Lloramos tantos, aquella noche.

Lloramos tanto, tantos, tantas noches.

Que cruel es la vida a veces, que dura.

Y allí estábamos en mi salón. Sin saber que decir ni que hacer. Julián dijo que encendiéramos una vela y rezáramos por ti. Y lo hicimos.

—Él era religioso —dije mientras encendía la vela que tantas cenas había contemplado en mi casa que jamás volvería a estar llena.

—No puede quedarse sola —oía como de lejos.

Ivana y Sam decidieron que fuera Ivana la que se quedara conmigo esa noche. Me tomé varios orfidales y antes de que se fuera por la mañana, mi hermana ya estaba en la puerta con su maleta. Había dejado a sus hijos y a su marido en Madrid, en un momento bastante complicado también para ella pero creo que ayudar le sentaba bien. Vino toda la semana sin opción a negociar. No me dejaba casi ni ir al baño sola y cada mañana y noche escribía un mensaje tipo misal para informar a todos de mi estado. Lloramos mucho juntas. Tiró de mí.

Ella no te conoció en persona. Pero esa semana se enamoró también de ti.

El día 6 era tu cumpleaños. 49 añazos. Te había regalado los vuelos para celebrarlo en Zaragoza. Y había planeado mil opciones. No sabía si nos iríamos a

Torredembarra o te haría una fiesta sorpresa en la terraza de Sam. Mi madre me dijo que quizás no te habían hecho una nunca y aunque fueras tímido, ya conocía a todos y te encantaría. Martita y Sam ya tenían toda la logística preparada. Tras el verano, tuve dudas de si vendrías o no, pero mi corazón sabía que aquello se arreglaría. Jamás imaginó otro desenlace.

El día 6 para tu cumpleaños me permitiría llamarte. Estarías mejor y el 8 vendrías como estaba planeado.

Pero te fuiste la semana de antes.

Me sentía mal, me sentía tristísima y culpable, sola, abandonada y otra vez miles de cosas, momentos, recuerdos se agolpaban en mi cabeza como siempre. Buenos, malos, del principio, del medio y del final. Sobre todo del final.

«Tenía que haberme quedado», «tenía que haber sido menos dura, menos egoísta», «tenía que haber hecho esto o dicho aquello».

El «tenía que» y el «y si» se apoderaron de cada pensamiento. Todo podía haber sido de otra manera en mi mente, todo me llevaba a pensar de qué forma podría haberlo evitado. Y por las noches sólo pensaba «por qué». Aún me lo pregunto. Aún tras meses de desesperación y lucha por seguir respirando, muchas veces grito llorando en mi sofá.

—¿Por qué, por qué mi amor, por qué no me llamaste?, te quería tanto.

Entonces recuerdo aquella casa destartada y el sonido de la puerta metálica azul de la entrada al subirla, mientras esperaba en el coche para meterlo dentro. Si cierro los ojos es como si estuviera allí. Y en ese nanosegundo que mi corazón viaja, vuelvo a ser plenamente feliz. Y me castigo y me pregunto con ira como pude no irme contigo, como pude ser tan afortunada y dejar escapar la opción de tenerte cada día.

No lo hice. Nunca sabré que hubiera pasado.

Nunca supe cómo era Martín antes de mí. Pero sé cómo fue conmigo. Y fue un auténtico regalo. Creo que para él yo también lo fui. Lo sé.

Fue inmensamente feliz una temporada, y también muchos momentos, pero estaba enfermo. Y era igual que donde nos dimos nuestro último abrazo. Terminal.

Nadie se plantea que en un cáncer o en un infarto mortal el afectado tenga otra elección.

Sin embargo por el desconocimiento, el miedo y la exclusión social que la depresión supone, muchos aún creen que sí. Muchos esconden lo que pasa. Y así lo fomentan. Lo agravan.

Como en todo, hay grados, y cogido a tiempo puede llegar a curarse del todo muchas veces. Otras no.

Pero aún sigue siendo un estigma. Algo de lo que no se habla. Que avergüenza a quien la sufre y a su entorno. Podemos tener un desarreglo de cualquier cosa, cualquier enfermedad se dice sin problema pero no si afecta a nuestra cabeza. Aún se asimila a estar loco. Aún se asimila a ser una persona gris o triste. O a un dejado que no quiere luchar. Y no es así. No es así en absoluto.

Me enteré después, pero Martín había luchado contra la depresión casi toda su vida. Fue lo que le impidió adaptarse del todo a casi nada. Lo que llevó a sufrir tantísimo. Hasta el punto de no poder soportar más la vida. No podía verla como los demás. Y no fue culpa suya. Ni fue su voluntad. Ni fue un «desgraciado».

Como él decía, fue un guerrero. Un auténtico luchador.

Tenía una enfermedad. Una que en muchas ocasiones, las más graves, lleva a quitarte la vida. Una enfermedad que es la primera causa de muerte no natural en España desde hace demasiados años. Una enfermedad que aún es un estigma social.

Martín murió por ella pero gracias a Dios y a su increíble lucha y fortaleza, tuvo muchos, muchísimos momentos de enorme y grandiosa felicidad.

Vivió con mucha más intensidad que la media. Todo. Lo malo que se lo llevó y lo bueno que también conoció y sintió más que nadie. La paternidad, la amistad, la belleza, el amor. De verdad vivió, no sólo existió.

Me enviaron un texto en el que decía que nadie se cruzaba en la vida de nadie por casualidad. Creo que Martín fue un ángel que se cruzó en muchas vidas para enseñarnos. Ese fue su cometido. Generosidad, lucha, superación, respeto, entrega, compromiso, pasión, bondad y sobre todo amor. AMOR en mayúsculas como él escribía muchas veces porque no veía bien el teléfono sin gafas o porque simplemente todo en su vida fue así, mayúsculo.

Él era la persona más dulce y generosa que jamás conocí. Con un corazón tan grande y tan sensible que le permitía apreciar y disfrutar mucha más belleza de la habitual pero también mayor sufrimiento. No eligió ser así, sufría si sabía qué hacía sufrir, por eso a veces se aislaba, apartaba a los que más quería para evitarles tristezas.

Algo así debió pasar con su expareja, pues sé que la quiso, algo así debió pasar

con su familia, pues adoraba a todos, algo así pasó conmigo en su final y algo así plasmó en su carta de despedida.

Su partida ha sido terrible, pero debemos recordar que todos estamos de paso aunque la mayor parte del tiempo no nos acordemos, y a pesar de este insoportable dolor inicial, sólo desearía poder dejar el día que me toque partir a mí, una huella y unas enseñanzas y recuerdos la mitad de preciosos como los que mi chico ha dejado a tanta gente.

Al final, unió a su familia, dejó a dos niños preciosos que llevan el espíritu deportivo, luchador y bondadoso de su padre, dejó una cantidad enorme de amigos que cada vez que disfruten con algo mutuo le nombrarán, un compañero del alma que le recordará siempre como yo, con agradecimiento, respeto, añoranza y enorme cariño. Y me dejó a mí. Una soñadora que sabía que ese amor que esperaba existía y gracias a él lo viví.

Dio sentido a muchas vidas. Sobre todo a la mía. Conectó a muchas personas e hizo de su vida, y de las vidas de los que lo echamos de menos, algo maravilloso. Mágico.

Único.

Hoy todavía me cuesta respirar, pero sé que me acompañarás, estarás conmigo toda la vida y me mandarás esa fuerza y luz que veías en mí para disfrutar de todo lo extraordinario que dijiste que me quedaba por vivir.

Hace poco me llegó una foto que tenía tu espíritu.

Era una vela y una palabra. «VIVE» decía.

Sonreí. Sonreí mucho. Creo que es otro mensaje tuyo. Te prometo que sí.

Nunca te olvidaré, porque no puedo y porque no quiero, pues has sido lo mejor que he tenido.

Como tú me decías, «has sido magia» Martín.

Pura magia. Puro amor.

Gracias por pasar por mi vida.

Gracias por ser exactamente como fuiste.

Gracias amor mío.

Gracias mi chico.

Nos reencontraremos.

Espérame en el cielo.



IRENE FATÁS PÉREZ (Zaragoza, España, 1978). Es licenciada en Derecho, máster en Comunicación y Publicidad, máster en Dirección de marcas de Lujo, directora de *Marketing* y escritora.

Desde siempre ha sentido la necesidad de formarse en letras, estudiando Derecho y sendos masters especializados en comunicación.

Desde 2010 escribe habitualmente en el blog [www.elbauldesatur.blogspot.com](http://www.elbauldesatur.blogspot.com) como autora del mismo.

Espérame en el cielo es su primera obra publicada.